

"Confieso que he Vivido"
Concurso Literario Autobiográfico

Coordinación Regional del Servicio Nacional del Adulto Mayor Metropolitano.

Publicado con financiamiento del programa Envejecimiento Activo de SENAMA 2015, en el marco del Plan Nacional de la Lectura 2015-2020.

ISBN N°: 978-956-8846-08-4
Noviembre 2015.

Edición
Eva Moreno y Paula Rodríguez

Ilustraciones
Sandra Conejeros, Ministerio de Desarrollo Social

Fotografía
Carlos Araya

Diseño y Diagramación:
Editora e Imprenta Maval Ltda.

El jurado estuvo conformado por Paulina Vidal Baeza, Coordinadora Metropolitana de la DIBAM; Rosa Ricotti, Presidenta de la Asociación Gremial de Profesores Jubilados Adultos Mayores y integrante del Consejo Asesor de Mayores; Karla Eliessetch Foncillas, Coordinadora del Plan Nacional de la Lectura; Manuel Pereira, vicepresidente ejecutivo del Instituto del Envejecimiento, y Natalia Zúñiga Valenzuela, Coordinadora Regional Metropolitana del Servicio Nacional del Adulto Mayor.

Los integrantes del jurado expusieron las apreciaciones personales en relación a los textos escogidos, agregando lo enriquecedor de la experiencia de ser parte de este concurso.



En la foto: Ministro de Desarrollo Social, Marcos Barraza; el jurado compuesto por: Paulina Vidal Baeza, Coordinadora Metropolitana de la DIBAM; Rosa Ricotti, Presidenta de la Asociación Gremial de Profesores Jubilados Adultos Mayores y integrante del Consejo Asesor de Mayores; Karla Eliessetch Foncillas, Coordinadora del Plan Nacional de la Lectura; Manuel Pereira, vicepresidente ejecutivo del Instituto del Envejecimiento; Natalia Zúñiga Valenzuela, Coordinadora Regional Metropolitana del Servicio Nacional del Adulto Mayor; los tres primeros lugares: Manuel Gilberto Machuca; Armando Aravena; Juan Sanhueza Peña; y las menciones honoríficas: Leonardo Mena Ríos; María del Carmen Herrera; Guillermo Torres; Renato Gómez; Corina Azocar; Lucía Stuardo; Pedro Antonio Córdova; Julio Irazzoky; Jaime Salinas; Libertad Franco, y Hugo Mora.

Confieso que he vivido

Luego de un largo proceso donde se recibió más de 100 cuentos y relatos, para posteriormente clasificar y calificar las obras de creación literaria de las personas mayores de las diversas comunas de la Región Metropolitana, les presentamos esta publicación a la que hemos llamado "Confieso que he Vivido", la que recopila 14 relatos de vida de una generación de chilenos y chilenas que presenciaron y fueron parte diversos acontecimientos de la historia y desarrollo del país; algunos "tatuados" en la memoria colectiva, y otros, atesorados como la más grande riqueza.

A través del concurso literario convocado por el Servicio Nacional del Adulto Mayor de la Región Metropolitana y en el marco de Plan Nacional de la Lectura, del que SENAMA forma parte junto al Ministerio de Desarrollo Social, destacaron lo sobrecogedor de los relatos, las experiencias de vida plasmadas en pocas palabras y el abordaje de las distintas miradas de la historia y que, a su vez, nos permiten construir la memoria de nuestro país de forma colectiva.



Confieso
que he vivido

Confieso que he vivido



**“Confieso que he Vivido”
Concurso Literario Autobiográfico**

Coordinación Regional del Servicio Nacional
del Adulto Mayor Metropolitano.

Publicado con financiamiento del programa
Envejecimiento Activo de SENAMA 2015, en el marco
del Plan Nacional de la Lectura 2015-2020.

ISBN N°: 978-956-8846-08-4
Noviembre 2015.

Edición
Eva Moreno y Paula Rodríguez

Ilustraciones
Sandra Conejeros, Ministerio de Desarrollo Social

Fotografía
Carlos Araya

Diseño y Diagramación:
Editora e Imprenta Maval Ltda.

El jurado estuvo conformado por Paulina Vidal Baeza, Coordinadora Metropolitana de la DIBAM; Rosa Ricotti, Presidenta de la Asociación Gremial de Profesores Jubilados Adultos Mayores y e integrante del Consejo Asesor de Mayores; Karla Eliessetch Focillas, Coordinadora del Plan Nacional de la Lectura; Manuel Pereira, vicepresidente Ejecutivo del Instituto del Envejecimiento, y Natalia Zúñiga Valenzuela, Coordinadora Regional Metropolitana del Servicio Nacional del Adulto Mayor.

Los integrantes del jurado expusieron las apreciaciones personales en relación a los textos escogidos, agregando lo enriquecedor de la experiencia de ser parte de este concurso.

*Confieso
que he vivido*



Diploma
en reconocimiento a don
Victor Jara M.
por su destacada labor
en la comunidad

Diploma
en reconocimiento a doña
Gene Silva O.
por su destacada labor
en la comunidad

Contenidos

Presentación

Marcos Barraza Gómez, Ministro de Desarrollo Social 6

Presentación

Claudio Orrego Larraín, Intendente Región Metropolitana 6

Primer Lugar

Confieso que he vivido 11

Segundo Lugar

Hoy pasé por lo que fue mi primera escuela 21

Tercer Lugar

Historias de un ambulante 25

Menciones Honrosas

Aquella muchacha a la que le gustaba cambiar de trabajos 33

Confieso que he vivido 45

De dichos y refranes 53

Días difíciles 63

El acordeón rojo 71

El asado 77

La importancia de ser canoso 83

Sabotaje 87

Sueño 95

Una misa campesina 99

Volviendo a sonreír 103



Presentación

Marcos Barraza Gómez
Ministro de Desarrollo Social

Este libro, que compila trece relatos autobiográficos de adultos mayores, constituye un aporte a la comunidad nacional, rescatando para las nuevas y antiguas generaciones el patrimonio intangible que atesora la memoria.

Siguiendo la huella del poeta Pablo Neruda, confesar que se ha vivido es un acto de autoafirmación, es testimoniar que, a la escala de cada uno, se ha sido actor y constructor de una historia común junto a millones de compatriotas. Es imprimir una huella de sentido en el inexorable flujo del tiempo.

El Ministerio de Desarrollo Social es una de las instancias articuladoras del Plan Nacional de Lectura 2015 - 2020, mediante el Sistema de Protección Integral a la Infancia Chile Crece Contigo y el Servicio Nacional del Adulto Mayor, y hemos hecho extensivos sus principios y orientaciones al resto de nuestros servicios asociados.

Transformar a Chile en un país más justo e inclusivo -objetivo transversal del gobierno de la Presidenta Bachelet- implica hacer los máximos esfuerzos por garantizar el ejercicio de los derechos económicos, sociales y culturales; y dentro de estos últimos, el acceso a la lectura como un derecho para todas y todos.

El fomento de la lectura y de la escritura es esencial para una democracia madura, pues estas prácticas fomentan el ejercicio de la reflexión, la crítica y la participación en la diversidad de formas que permite la sociedad de la información. Por otro lado, la lectura y la escritura activan la creatividad y el potencial transformador de las personas, lo que resulta fundamental para el desarrollo, en todas sus dimensiones. Asimismo, y tal como plantea la Convención sobre la Protección y Promoción de la Diversidad de las Expresiones Culturales, los bienes y servicios culturales son portadores de identidad, valores y

significados; son, por lo tanto, el sustento de la riqueza simbólica de las comunidades y de la sociedad.

Ahora bien, en lo que concierne a la mirada específica del Servicio Nacional del Adulto Mayor, uno de sus principios orientadores es el fomento del envejecimiento activo, lo que va más allá de su dimensión física, pues comprende también la participación continua en las actividades sociales, económicas, espirituales, cívicas y culturales. Éstas últimas, además, son muy importantes para mantener vigentes las capacidades cognitivas de los adultos mayores.

Por otro lado, uno de los objetivos estratégicos de este servicio es impulsar un cambio en las mentalidades que ponga en valor el aporte de los adultos mayores a la sociedad y el reconocimiento de su condición de sujetos de derechos. Promover y difundir relatos autobiográficos como los que compila este libro es plenamente consistente con dicho objetivo.

En razón de todo lo anterior, como Ministerio de Desarrollo Social valoramos profundamente la organización de este concurso por parte del SENAMA Metropolitano, con el apoyo del Plan Nacional de Lectura.

Finalmente, quisiera felicitar a los ganadores, a quienes recibieron menciones honrosas y a todas las personas que se motivaron a participar y compartir con la comunidad un testimonio de su propia historia. Como país, necesitamos potenciar los vasos comunicantes entre las experiencias del pasado y las experiencias del presente, entre los que ayudaron a moldear el Chile actual y quienes serán los artífices de su futuro. Sobre esa dinámica continuidad se construye la identidad de un pueblo.

Presentación

Claudio Orrego Larraín
Intendente Región Metropolitana

Lo confieso: disfruto mucho de observar fotografías antiguas sobre Santiago. Me da una genuina alegría observar, por ejemplo, la elegancia en blanco y negro de solemnes hombres de traje y sombrero caminando por las calles de la capital, camino al trabajo o paseando a la sombra de un atardecer en la Alameda de las Delicias. O ver esas calles amplias, a veces polvorientas, a veces adoquinadas, donde convivían góndolas con carros de sangre, tranvías con trolebuses, mientras desde una palaciega ventana alguien se asomaba tarareando un tango o un bolero.

En mi mente algunas imágenes cobran movimiento. Y pienso en teatros abarrotados, en alumbrados precarios, en asambleas políticas y sindicales, en ponchos y guitarras, en uniformes militares. En cómo se ha forjado nuestra capital, y sobre todo en los hombres y mujeres que han influido para hacerla más bella, vivible, querible.

No puedo sino aplaudir la iniciativa del SENAMA Metropolitano que hoy me honra presentar. Como Intendente de Santiago creo firmemente que es necesario preservar nuestro pasado para proyectarnos hacia el futuro, y desde el Gobierno Regional hemos apoyado firmemente iniciativas que buscan conservar nuestro patrimonio. Sin duda que estas historias, varias surgidas desde los recuerdos más escondidos de sus autores, son parte de ese patrimonio nacional.

Como las vivencias de la joven provinciana que llega en momentos difíciles de nuestra Patria a hacerse un espacio laboral en la capital y que solo quiere conservar lo que siente que injustamente se le ha quitado. O el joven que renuncia a su empleo en Banco Central y que luego debe rebuscárselas en el comercio, pero que hoy no se arrepiente de su de-

cisión ya que gracias a ello conoció a su mujer. O del niño al que le roban el chaquetón en tiempos en que tener uno era "un lujo" que pocos se podían dar. O, simplemente conocer las vicisitudes de tener el pelo cano.

En fin. Acá hay historias de distinta índole: cotidianas, laborales, políticas y sociales, pero sobre todo muy humanas, con el pasado como principal protagonista. A tono con el libro autobiográfico de Pablo Neruda, todos quienes aceptaron la invitación del SENAMA parecen querer celebrar la vida que les tocó y al entrar en la última parte de sus vidas recordar una época perdida en los recovecos de la modernidad.

Vivimos un momento de quiebre importante: nuestra población ha envejecido, y cada vez un porcentaje mayor de chilenos sobrepasa los 70 años. Y en general, estos adultos mayores se vuelven más expuestos a la pobreza y al desamparo, dada sus bajas jubilaciones, el descenso de sus facultades y la baja cobertura de salud.

Es fundamental que a esta iniciativa que alentó a 118 adultos mayores a contar sus historias, se sumen otras. Que distintas organizaciones animen a nuestros adultos mayores a mantenerse activos, porque se trata de personas que mantienen sus capacidades cognitivas vigentes, y que rescatan retazos de una historia que, sin esta posibilidad se perderían en la nebulosa del tiempo.





Confieso que he vivido

Autor

Manuel Gilberto Machuca

Comuna

San Miguel

La lluvia y el frío me llevaron de regreso por las noches del terror, de cuando después del toque de queda dejaban los cuerpos semidesnudos con huellas de tortura regados por los lugares solitarios. Cada noche el zumbido de los helicópteros mantenían las calles de la población desiertas con sus potentes focos alumbraban cada movimiento y tu buscabas mi calor, te acurrucabas a mi lado, entonces podía sentir tu suave pelo acariciando mi cuello y tu boca se apegaba a la mía, tus senos palpitaban como dos corazones, y en la hora del éxtasis me pedías que desenredara tus trenzas y te estremecías cayendo desnuda y rendida sobre mi pecho que te sigue esperando. Son sólo memorias que se deslizan en el silencio de mi soledad, en tantos inviernos en donde despierto frío y agobiado por los recuerdos.

Ya no se escucha el sonido monótono de las aves de acero, ni las frenadas violentas; carreras y gritos. Ya no hay toque de queda y tú no estás. Murió el "Mamo", y las esperanzas de que regreses, porque todo sólo ha sido parte de mis pesadillas, siguen vivas. Tal vez, en cualquier momento se abrirá la puerta y ahí estarás con un cigarro aferrado a tus manos. Pondrás la tetera y me contarás cómo fue tu día, compartiendo el último té de la noche.

Confieso que he vivido

Nuestra historia de amor tuvo la intensidad y el secreto de la vida clandestina de la resistencia. Ahora camino libre, cansado y a pasos cortos por las calles de La Granja, San Miguel, San Ramón, y no te encuentro. Es verdad, has partido dejándome solo con ese hijo que no comprendo.

Volveré a cultivar en mi jardín mentas y suspiros. Volveré al GOM en donde tendré una pequeña huerta. Volveré a tu esquina y te esperaré bajo los acacios. Después de una larga espera, al convencerme de que no vuelves, seguiré mi camino convencido de que me acompañarás en mis sueños, como otras tantas veces lo has hecho.

¿Te acuerdas de esa importante reunión en la Iglesia de Maipú? ¿Esa en donde estaría el ministro? Sí, Traversa... futuro ministro de Educación... Esa reunión que terminó tarde, muy cerca del toque, ya no había movilización para regresar y decidimos caminar hasta La Granja. La luna nos acompañó por el callejón de regreso. A la distancia divisamos los focos de un vehículo. Sin dudarlo nos tiramos al canal y nos ocultamos entre las zarzamoras. Luego, cuando se alejó la patrulla militar nos pasamos a un potrero acomodándonos bajo un árbol en donde pasamos la noche bajo las estrellas. Era el comienzo de las movilizaciones para reorganizarnos, con miedo y arriesgando la vida, pero dispuestos a rescatar los derechos arrebatados.

Un extra de noticias anuncia la muerte de Contreras y pienso en la larga pena que nos hizo sufrir, destrozando miles de vidas, arrebatando los futuros de tantos, estableciendo la ley del odio que ha dejado consecuencias en cada acto de las nuevas generaciones que aprendieron a destruir a cada paso, los hijos de un país dolido son los que asolan las calles.

Mi vida en la resistencia fue junto a Gloria y Clotario visitando las cárceles, la Vicaría, conmemorando a los caídos en misas proletarias del cura Maroto y las largas caminatas desde La Paraguay hasta Ricardo Santa Cruz para ahorrar esas monedas que nos servían para un pan con queso y, luego, viendo como uno a uno fueron regresando para arrebatarnos de las manos lo que habíamos ganado a cuesta de sacrificios. Pasábamos las tardes redactando documentos para enviar al exterior, misión que Gloria cumplía con don Clota mientras las palomas ronroneaban en el patio en espera del pan remojado de cada día y los gatos perezosos dejaban escapar a los ratones que vivían en cada rincón de la casa colonial.

Casa oscura, como salitrera abandonada, de patio encerrado entre los grandes corredores en donde cada pieza desembocaba al patio a través de enormes puertas dobles, casa que

Confieso que he vivido

me transportaba mi infancia vivida en la escuelas de los fundos Codigua y Cholqui, cuando corríamos descalzos por el campo en busca hierbas silvestres y por las noches asustados por la oscuridad infinita nos aferrábamos con mis hermanos en ese lazo indestructible que se forma cuando se comparte el miedo al destino y la mama nos contaba historias junto a un fogón moribundo. Al poco nos separamos, yo partí a Chillan con el escapulario al cuello y unos zapatos que alguien le dio a la mama pero que eran más chicos que mis pies y que me dejaron para siempre los dedos agarrotados y mi maletín, a los 12. Anos después volví a Santiago casi hecho hombre y con un título de Profesor Primario. Nos reunimos todos nuevamente en el barrio que nos vio nacer, en la misma calle donde corría una acequia, en esos tiempos cuando la mitad de las calles de Santiago era de tierra y San Miguel estaba bordado con grandes viñedos que de a poco se fueron transformando en poblaciones de edificios de la Corvi, vivienda para los trabajadores más pobres. Me volví a sentir en familia y ahora con las ganas de conquistar el mundo y cumplir todos mis anhelos, fue cuando me uni al club de aviación y puse todo mi esfuerzo en el dominio del vuelo, mis horas de vuelos en los aviones caza se cumplieron impecables cada vez que despegaba y me alejaba de la tierra sentía ese poder magico de los pajares en vuelo, imite los vuelos del condor, razante, cruzero, espiral, hasta dominar las corrientes cordilleranas. Llegué a la primera reserva de La Fuerza Aérea y todavía resuena en mis oídos ese himno que me lleno de orgullo... piloto reserva #350.

“con las alas enarcadas con suprema sed del cielo dejaremos camaradas... algún día la legión... el rumor de los aviones, quedarse en la hondonada... como un cofre de oro viejo”.

“camaradas en la vida y en la muerte no olvidemos que la gloria se ha prendido en el avión”.

Todavía vivo en mí calle, la de mis abuelos y bisabuelos, sólo que ahora el campo ya no existe y mi casucha se mantiene a la sombra de rascacielos con departamentos para los que pueden aspirar al sueño del mundo moderno...y yo, lleno de recuerdos entremezclados de aquellos tranvías que nos llevaba a Franklin los domingos para ver “Quintín el aventurero”, la carreta que nos llevó al campo después de la muerte del papa, de la emoción que sentí cuando Allende salió elegido, la Sala Chile en donde nos juntábamos a tratar de torcerle la mano al destino de los aviones bombarderos que sobrevolaron rasantes a destruir La Moneda ese 11 de septiembre, de mis días como profesor en la escuela de las poblaciones textiles Yarur y Sumar, momentos felices compartidos con colegas que ya han partido... mira como se me pone la piel cada vez que te recuerdo.

Confieso que he vivido

Con mis manos agarrotadas de pena por tu recuerdo, mientras que mis colegas dejaban caer una lágrima por la emoción de conocer las penas del corazón junto a los tangos de amor fallido que les entonaba con mi voz apasionada, pañuelo al cuello y sombrero a lo Gardel, en cada día del Maestro el que festejábamos con alguna comida en la escuela... "quiero emborrachar mi corazón para apagar un loco amor que más que amor es un sufrir... y aquí vengo para eso, pa' borrar antiguos besos"... "nostalgia de escuchar su risa loca y sentir junto a mi boca su respiración"... "angustia de sentirme abandonado".

Muchos de mis alumnos de esa escuela siguieron la carrera militar o de Carabineros como cabos, y los mejores llegaron a ser sargentos. Ellos todos se llevaron la imagen del profesor bueno que solidarizó con ellos y les educó pacientemente. De los viajes al Zoológico del cerro San Cristóbal, los programas de televisión gracias al profe que traía el aparato desde su casa a las salas de clases. Todos me recuerdan con afecto, ese afecto que guarda un pacto de respeto que no muchos entienden, y así fue que los encontré un día mucho después. Fue en el 73, al comenzar la primavera con sus árboles en flor, que no recuerdo por qué esa primavera mi memoria sólo guarda la pesadilla del terror de llevar cosida en la chaqueta una gran estrella roja, de los campos de concentración, de vivir vigilado, de por temor ignorar a los amigos, de erradicar palabras para siempre, de vivir tal vez un nuevo holocausto.

Después de varios días de bandos militares y de la canción Nacional a toda hora en la radio y televisión y listas de los que se debían entregar, ya habíamos quemado todo indicio que nos marcaba de rojos. En las puertas de las parroquias de barrio aparecían una que otra arma mientras el número de víctimas crecía y las embajadas ya estaban llenas de asilados, historias circulaban como un rumor callado mientras el terror se apoderó de las conciencias. A los días se levanta el toque y tuve que presentarme a la escuela en que era Director. Había angustia en los pasillos, al toque de campana un gran silencio ocupó las salas y el patio. De pronto, todo estalló como una bomba y los niños aterrados escaparon saltando los muros a buscar refugio en sus casas; las profesoras corrían a prestarle auxilio a una colega que se había desmayado... "El Manchado" al mando de la patrulla entró a mi oficina para detenerme acusado de sabotaje a un vehículo fiscal. Las metralletas en las costillas, no sé si resignado a mi suerte de Socialista o aterrado de verme enfrentado tan cerca a la muerte, salí hasta el furgón. Las calles desiertas, tal vez sería lo último que me llevaría conmigo, condenado a muerte el Director de escuela. Regidor Socialista, saboteador, luchador, idealista, condenado a muerte, mientras en el mismo instante mi cuñado Leonello en Copiapó, y muchos más, seguían la misma suerte.

Confieso que he vivido

En los ojos del "El Manchado" vi a ese niño que un día fue al que con mi alma de profesor primario le entregué las primeras letras, y estoy vivo.

Han habido grandes sequías, terremotos, tsunamis y toda clase de desastres naturales en mis años de vida, el último fue esta sequia de tres años en donde la lluvia que se acumuló hasta ayer se dejó caer sin tregua. El viento silbaba entre los huecos de mi casucha, como aquella noche, también de invierno en la mediagua con piso de barro, en donde hasta las pulgas encontraron refugio entre las sabanas, y se contaba que a media noche pasaba el diablo a galope por Antonio Ríos. Una brigada especial nos seguía los pasos. Cansados, hambrientos y acorralados. Nos vencía el sueño sin dar lugar al amor, y las pesadillas ocupaban los espacios de la mente. Necesitábamos más que nunca el regreso de la alegría, esa alegría escurridiza que seguíamos buscando por las calles sin poder encontrar. La alegría ya viene y regresó, pero sin lo de antes. Ya no pude encontrar al "Patito" con su pescado frito en Santa Rosa, ni al "sordo" Valenzuela. El comandante tal vez ya no salía a la calle y otros rostros ocupados de sonrisas brillaron en el nuevo día. La alegría llegó y no tuve que ir nunca más a firmar a la fiscalía.

Ese joven que fui ya no está y me he quedado solo como en Chillán, y salgo a recorrer las calles que no son las mismas, sólo un vestigio del pasado, yo.

Ya no existen los grandes potreros "tierra de nadie", como fue en el 56 cuando una noche ocultos en las sombras junto a Mario Palestra y los sin casa, agazapados entre las malezas avanzamos a instalar las banderas, y así nació "La Victoria". Lo primero que organicé fue la escuela en homenaje a mi madre, cada manzana dio una cuota de adobes, y poco a poco la escuela tomó forma. Comenzamos las clases hasta que el Gobierno la reconoció. Fueron miles los que aprendieron sus primeras letras en esa escuela que fue mi orgullo de profesor humilde y soñador, ya distante de mis días de recién egresado de la Normal y más lejos aún de mi primera experiencia como profesor recién egresado en el San Pedro de Nolasco.

Sentía que había alcanzado la cumbre, recibí mi título; servicio militar en la escuela de caballería, profesor primario en San Pedro de Nolasco, toda esa energía de hombre joven, con mi alma todavía en luto desde la muerte del papa y la melancolía del internado en Chillán. El colegio era un impresionante edificio, patios impecables, salas immaculadas, todos íbamos a misa de las diez en la capilla con el padre Herrera. Los días de retiro todo permanecía en silencio, y muchos se quedaban en penitencia por el día en la capilla. Los

Confieso que he vivido

apoderados siempre presentes al fin de la jornada. Una tarde la vi: sus ojos claros y labios rojos carmín, sus manos suaves y tibias... su voz, su pelo, su todo y supe que tú eras... Mi corazón se perturbaba con su presencia... comencé a sentir el amor por primera vez, ese amor que acorta y alarga los tiempos y gobierna todos los sentidos, ese amor que fue creciendo junto al mar en las noches tibias y en la fría cordillera cuando el trencito nos transportaba a lo alto desde Puente Alto, El Manzano, San José, Melocotón, siguiendo el curso del río. El mismo recorrido que muchos años después haría el "General" con su escolta en sus pájaros de acero.

Nuestro amor recorrió las calles del viejo Santiago de tranvías y carretelas a fuerza de hombre que salían cargadas desde la Vega Central. Me llenó la vida y en cada despedida comenzaba la espera hasta el nuevo encuentro, y cada encuentro el gozo desbordante de amar y ser amado. Aprendí de tu vida y tú de la mía con el silabario de las palabras de amor y silencios traspasando las barreras de dos mundos diferentes hasta que llegó esa mañana con la sórdida orden implacable y final de poner fin a lo ilícito y escándalo de nuestro amor, entonces fue la despedida. Ese último abrazo quedó estampado en mí hasta ahora cuando mi cuerpo rendido parece no tener sensaciones y la soledad me acongoja, siento la tibieza de ese día con tu sabiduría de cuarenta años que supo enseñarme con paciencia las ciencias del amor... lloré... lloré... lloré... porque nunca más te encontraría aunque creía verte muchas veces en otras sonrisas, en otras miradas, en otros cuerpos suaves y tiernos, que solamente eran tú en mi memoria en donde seguías viva, hasta que tuve que resignarme a tu ausencia.

Me fui a trabajar a una escuela de un barrio proletario y dirigí toda mi pasión a mejorar la vida de la gente simple como yo, descubrí que esa barrera social era imposible de traspasar y encontré en mi gremio de profesores mal pagados, suficientes motivos para vivir y luchar. Nos reuníamos en la sede de la calle Catedral, en la Unión de Profesores de Chile, en donde la mayor atracción para mí eran los discursos de César Godoy, el "capitán veneno". Fue en estas reuniones en donde encontré al Partido Socialista y me comprometí con la libertad y la justicia. Revindicar los derechos de los profesores era primordial y comenzó la planificación de huelgas y marchas en el comando organizador a cargo de Lautaro. Como su nombre, luchador, valiente, disciplinado, inquebrantable. Ya no era el mismo ese día del 73 cuando deambulaba confuso, destruido, dolido y lloroso por los pasillos del Comité Pro Paz en donde reconoció en una joven a la niña que había crecido en las escaleras de la casona de la calle Catedral y en los pequeños patios de San Martín. Al verla la envolvió en un abrazo consolador y solidario, secretamente entendió que el

Confieso que he vivido

futuro no estaba perdido. Con Lautaro al mando del comando de profesores introdujimos técnicas practicadas por los rusos en sus luchas proletarias y yo era el encargado de transportar las cajas llenas de estas bombas incendiarias y repartirlas. En las manifestaciones callejeras fue una defensa poderosa contra la dura represión. En esos andares fue cuando encontré a la compañera que andaba buscando, ella la que compartía mis aspiraciones y luchas. La que conocía el lenguaje de los ideales, pero hasta las sutilezas de las ideologías separan y en ese entonces como ahora el tabú de PS-PC. Al comienzo no nos dimos cuenta pero al pronto todo se hizo imposible de continuar, tratamos de sobrevivir este amor en secreto. Ni de esa manera escapó a los ojos vigilantes de la inquisición que nos condenó. Nos despedimos un 31 de diciembre en la cumbre del San Cristóbal en un largo abrazo que duro la noche entera. No la vi de nuevo y la necesitaba tanto... entonces muchas veces más pasé a despedirme en vuelo rasante sobre su escuela en El Castillo para que supiera que no la había olvidado.

Por los años 60's tuvimos el gran paro de los profesores y nos instalamos en el Llano Subercaseux con una gran olla común. Los ferianos, los carniceros y verduleros del matadero nos daban una cuota de sus productos en apoyo a la huelga, y cada día se cocinaba y se servían los almuerzos a los profesores y sus familias. Durante todo el día se mantenía el fogón, y la hora de la comida o del té no tenía límite de tiempo. Ahí llegaba la mamá con su bolso inseparable y su cara de poeta a traerme algo de comer y a ver si todo marchaba bien. Más de diez años después, en ese mismo lugar, los militares echaron abajo las estatuas de Salvador Allende y del Che y se quedaron de punto fijo con sus rostros tiznados de carbón y metrallera en mano.

El rumor del golpe me tenía inquieto desde que el General Prat paró el "Tacnaso" en La Moneda. Veinte años de sacrificios y esfuerzos al impulso de mis ideas que solo aspiraban a un mundo mejor. Veinte años en los cuales fui profesor, taxista, cargador, con dos matrimonios. Dirigente gremial, con cinco hijos. La noche del 10 de septiembre las noticias fueron de los últimos atentados a las torres de alta tensión, del paro de los camioneros, del caos del plebiscito. En la madrugada me pareció que en la distancia se escuchaba el sonido de bombas. Cuando me levanté por la mañana del 11 Nora parecía inquieta junto a mis hijas Berta Nancy y Adriana. Mis otros dos hijos estarían con su mamá seguros. La radio sólo transmitía boletines; estaban acallando a las radios fieles al gobierno bombardeando las antenas trasmisoras. Las radios estaban siendo interferidas por bandos militares. Rápidamente partí a ocupar mi lugar en la Subdelegación. Al llegar estaba destruida, sólo quedaban vestigios de lo que había sido. Papeles, muebles rotos, puertas

Confieso que he vivido

destrozadas, y en medio de la destrucción un linchaco de bambú, inspiración de la guerra del Vietcong. Entonces partí a "La Obra" de La Bandera donde se concentraría la mayor fuerza de la resistencia. Sólo encontré a un grupo de pobladores dispuestos a dar la vida para defender al gobierno. Esperamos las armas que jamás llegaron, escuchamos juntos en silencio el último discurso de nuestro Presidente, mientras helicópteros reinaban el cielo circulándolo, las patrullas ya venían en camino. Todo estaba perdido, sólo nos quedaba la vida sin alma ni esperanzas. Di la orden de salir en distintas direcciones no hubo detenidos y "La Obra" quedó muda y desierta.

Gloria estaba a mi lado. Caminamos buscando refugio y cada puerta se cerró a nuestro paso. La única que me recibiría en esos momentos como tantas veces antes era mi hermana Adriana. Allá me llevaron los pasos. Esa primera noche fue el comienzo de la vida en la clandestinidad. Nuestra primera noche en donde todo cambió.

Ahora camino desde el GOM hasta Lazo, mi calle, descansado de trecho en trecho para ganar fuerzas. Cristóbal me espera con hambre y listo para ir a comprar la coca-cola del día. Mi calle Lazo, ahí en donde comenzó la historia. Poco a poco vuelven los colores después de permanecer dormidos por la brutalidad del invierno. Los Aromos y Ciruelos iluminan la calle de tonalidades blancas y amarillas. Entre los edificios hay vestigios del pasado como mausoleos de mármol de donde salen los espíritus que se obstinan en no querer partir. Paro por unos minutos a saludar al tío Julio que espera paciente sentado en la ventana de su casa pintada de verde claro, luego me encuentro con mis hermanos Tato y Ruben, organizamos un té en la casa familiar. En realidad ya no están, sólo viven en mí, en mis memorias que tratan de aferrarse al pasado para mantener viva nuestra historia a través del ocaso para que se haga presente cada amanecer, en el futuro, en los inicios de esta nueva etapa en la que al parecer el dinero es el poder supremo.

Por las ranuras, mis lápidas quebradas se asoman las mentas en mi jardín y los suspiros se escapan por mi boca... la primavera ha regresado una vez más, con su infinita persistencia de despertar la vida para volver a comenzar.

Confieso que he vivido



Programa Abriendo Caminos

Objetivos de la estrategia

- 1)
- 2)
- 3)





Hoy pasé por lo que fue mi primera escuela

Autor

Armando Aravena Arellano

Comuna

Providencia

Hoy pasé por lo que fue mi primera escuela. La antigua casona ahora permanece abandonada y a punto de derrumbarse. Sólo sé que era mi escuela por su ubicación allí en medio de la cuadra. No creo haber estado allí más que los primeros meses de mi escolaridad. Viajaba todos los días en un micro Central Ovalle, en la que mi madre me subía en el terminal y a cuyo chofer me encargaba. Descendía en Herrera con San Pablo, caminaba dos cuadras y ya estaba en mi escuela. Tenía algo más de seis años. De regreso, recorría las tres o cuatro cuadras que distaban del trabajo de padre y allí permanecía hasta la hora en que él se desocupaba para volver juntos a casa en su bicicleta. A mitad del viaje era imposible no detenernos en un lugar en donde una señora freía pescado. A esa hora aquello parecía salvarnos de la inanición que la extensa jornada nos provocaba. Recuerdo que, además de servirnos nuestra presa respectiva, era habitual que le lleváramos la propia a mi madre.

Pero ocurrió que un día no hubo clases. Recuerdo que había muerto un niño de algún curso y por lo tanto aquella vez fuimos devueltos a casa. Entonces, caminé hasta el trabajo de mi padre, pregunté por él en la guardia (él era militar) y en vista que no estaba le dejé dicho que me iría por mi propia cuenta.

Confieso que he vivido

Recuerdo que tomé un bus que sabía que me dejaría a unas diez cuadras de la casa. Conocedor del barrio aquello no representaba ninguna complicación para mí. Cuando descendí y habiendo caminado las dos o tres primera cuadras se me acercó un hombre.

- Niño, ¿te gustan los dulces?

Tardé un tanto en saber que era mí a quien se dirigía, sin embargo, creo que la respuesta debió ser obvia. Por aquellos años hablar de dulces era algo especial. Sólo cuando llegaba alguna tía de visita solía traer de regalo dulces o chocolates.

- Hay un paquete con cinco kilos de dulces que tengo que pasar a retirar. Si quieres te puedo dar la mitad.

Era la media tarde recién, por lo tanto lo que me sobraba era tiempo, por lo que me dispuse a seguir a mi desconocido amigo. Caminamos varias cuadras, de pronto entrábamos por alguna calle para luego retomar la misma por la que veníamos. Tal vez "mi socio" no recuerda bien por donde deba ir, pensaba yo. Por mi parte, en ningún momento perdí la orientación con respecto a mi casa. Los habituales paseos en bicicleta con mi padre me habían permitido conocer muy bien todos aquellos lugares. Tras un rato al llegar al camino que unía Santiago con Las Barrancas que hoy en día es la calle San Pablo (específicamente la estación San Pablo del metro), el hombre se detuvo para mostrarme una casita de madera del otro lado de la vía. El lugar estaba casi despoblado en aquella época por lo que la vista a aquella modesta vivienda era obvia.

- Esa señora que está lavando ropa es la que tiene guardado los dulces. Dile que yo los mando a buscar. Te los va a entregar al tiro.

Era tan fácil lo que yo debía hacer que acepté de inmediato.

- Pero una cosa -dijo el hombre- déjame aquí tu chaquetón porque si te ve con él no te los va a querer entregar.

Creo que no lo pensé siquiera. Me despojé de la prenda en cuestión sin problema. Hacía sólo unos días que un sastre lo había confeccionado. De un largo abrigo azul pelo de camello, correspondiente a parte del uniforme de mi padre, que en víspera de su traslado a Coyhaique había pedido al hombre que confeccionara dos estupendos

Confieso que he vivido

chaquetones uno para mí y otro para mi hermano, que con botones dorados creo que lucían impecables.

Caminé hacia el lugar y tras atravesar el camino comencé a rodear el sitio de la casa para acercarme al lugar en donde estaba la mujer con sus brazos metidos en su artesa.

- Señora, señora.

Tuve de llamar dos o tres veces para que la mujer me escuchara. Finalmente conseguí que me pudiera atención.

- Señora, dice el caballero que le mande los dulces.

La mujer me fijo su mirada mitad incredulidad y mitad sorpresa.

- ¿Qué dulces?, ¿Qué caballero? -me interrogó.

- El caballero que está allá -dije y me volví para mostrarle el lugar en donde debía estar mi compañero.

Sólo en ese instante recién pude darme cuenta lo que había pasado. El paisaje desierto del otro lado del camino me advirtió del embuste en que había caído. Creo que a partir de ese instante comencé un llanto que me duró durante las seis cuadras que me separaban de mi casa.

Mi madre tras la sorpresa de verme sin mi chaquetón procedió a pegarme. Creo que era lo que correspondía. O mejor dicho era el uso de la época. Las cosas y en especial las ropas eran algo realmente valiosas y difíciles de obtener.

En virtud de lo próximo de nuestro viaje a Coyhaique como medida de emergencia debimos concurrir de nuevo al sastre para que esta vez de una falda de mi madre pudiera hacerme una chaqueta. Lógico que se trataba de un género mucho más delgado, pero la necesidad tiene cara de hereje. Hizo, entonces el buen hombre la chaqueta, pero el género no alcanzó para hacerle cuello. Y aquel detalle fue determinante en el sobrenombre con que me motejaron mis nuevos compañeros del curso coyhaiquino: "el chaqueta sin cuello".



Confieso que he vivido



Historias de un ambulante

Autor

Juan Raúl Sanhueza Peña

Comuna

La Pintana

Esta es la historia de mi vida. Viví mi niñez en la calle Romero del barrio Yungay, en la Estación Central. Muy cerca de ahí se encontraba el Gasómetro, compañía de gas que estaba en la calle Erasmo Escala. Al oriente, estaba García Reyes; Sotomayor al Poniente y Romero al sur. Éstas fueron las calles de mi infancia junto a mi casa enorme de madera, cuya numeración era el 38, ahí viví con mis padres y mis seis hermanos. Éramos los del otro lado del río.

En ese tiempo la compañía de gas poseía un gimnasio enorme con modernos equipos e infraestructura de la época, en donde se practicaban variados deportes, entre ellos el boxeo, tenis de mesa y otros tantos. Abría sus puertas para sus trabajadores y familias, y también para la comunidad, entonces era un centro de reunión y deportes para nuestros vecinos, la mayoría familias que provenían del sur de Chile buscando nuevas oportunidades en la capital, asentándose en conventillos, las casas del siglo pasado. La verdad es que la gente que ahí vivía eran personas sin educación formal, campesinos, obreros, mineros del norte que venían a hacer patria a Santiago luego del auge del salitre. Una noche de invierno, por allá en el 1948, con apenas doce años me fui caminando al gimnasio, esa no era cualquier noche porque iba a pelear el gran Arturo Godoy. Tengo en la retina la figura inolvidable de

Confieso que he vivido

la silueta y los puños de Arturo, quién disputó dos veces el título mundial de box, también a Joe Louis, apoderado, "El Bombardero de Detroit", por su fuerte pegada. Era para mí el box una verdadera fiesta que me emocionaba y que se practicaba mucho, no tan sólo por deportistas, también existían hombres que por dos chauchas se peleaban a muerte en el ring, o bien les pagaban con alcohol mientras algunos ganaban dinero apostando al ganador. También practiqué box y ping pong, pero sólo fui del montón.

De mi madre aprendí a criar a mis hermanos menores, a preparar todas las cosas que hacían falta para sobrevivir día a día. Fui el tercero de siete hermanos. Mi padre, un esforzado peluquero que arrendaba una peluquería en Brasil 22, y mi madre, dueña de casa. Excelentes padres, aunque algo blandos. Un día, luego de un terremoto que azotó Santiago, una pared de adobe casi aplasta a mi hermano que dormía en su cuna. Mi padre, asustado y decidido, al otro día compró un casa que nos brindaría mayor seguridad. Fue así como a los catorce años dejé el barrio Yungay para irme a vivir a Purísima, entre Andrés Bello y Dardignac, en una pequeña casa que compró mi padre ubicada en el actual barrio Bellavista. Corría el año 1950.

Este era un barrio con varias miradas, por un lado se asentaba gente humilde, trabajadores, también escritores y artistas, y como no mencionar las chinganas, burdeles y otros espacios de sociabilidad popular.

Cursé mis estudios primarios en la Escuela Pública N° 58 de Santiago. Mi profesora fue la señora Adriana Vicuña, de quién conservo los mejores recuerdos; era una excelente maestra, una dama. Cursé mis estudios ahí hasta Cuarto de Preparatoria. Siempre fui un joven retraído, muy tímido y también excelente alumno, mis calificaciones iban del seis al siete. Posteriormente, fui trasladado de colegio al terminar mis estudios primarios a la Escuela N° 22, en calle Salvador Sanfuentes. Mi paso por ahí fue dedicarme a estudiar pero no fue fácil ya que debía dejar de asistir cada cierto tiempo para ponerme a trabajar, había que alimentar nueve bocas en la casa y el sueldo de peluquero de mi padre no alcanzaba. Con mucho esfuerzo y trabajo logré entrar a estudios superiores, al Instituto Superior de Comercio de calle Amunátegui con Moneda, en donde cursé hasta cuarto año de Contabilidad.

Mi padre por ese entonces cortaba el pelo a domicilio, tenía sus clientes y, entre ellos, se corría la voz de la buena mano que tenía "Don Cako", como lo llamaban cariñosamente. Entre ellos se encontraba Don Eugenio Ruiz Tagle, jefe de personal del Banco Central de

Confieso que he vivido

Chile, quién en conversaciones con mi padre mientras le afeitaba el bigote, le comentó que tenía un hijo que estudiaba contabilidad. Fue así como entré a trabajar en el Banco Central.

Me desempeñé en varios cargos menores. Fui empleado auxiliar, hoy conocido como junior, en donde cumplía mis funciones satisfactoriamente y me permitió conocer un mundo nuevo, de esos que no se veían por el otro lado del río.

Recuerdo que estando en el banco, en el quinto piso, se creó a pedido del gobierno de esos años el Departamento del Cobre, que con el tiempo y la nacionalización del cobre en el año 1970, pasaría a llamarse Corporación del Cobre, CODELCO, que actualmente funciona en su edificio de calle Huérfanos, entre Morandé y Bandera.

De igual manera se fundó oficialmente en el año 1959 en el Banco Central, el Banco Interamericano de Desarrollo, BID, encomendado por la Organización de los Estados Americanos. Posteriormente llegó a Chile la misión Klein Sacks, con la tarea de ordenar la economía del país y su desarrollo. Estas dos últimas históricas actividades me llenan de orgullo contarlas, ya que los jefes me encomendaron atender a toda esa importante gente, por lo que viví el proceso desde adentro, observando y aprendiendo lo más que podía.

Conocí a gente muy importante como Gonzalo Morandé, Ambrosio del Río, Eugenio Ruiz Tagle, Fernando Coloma Reyes, Marta Carvajal, gente muy educada de las cuales aprendí muchas cosas. Pero como todo lo bueno dura poco, una muy mala tarde para mi suerte tuve un encontrón con el mayordomo del banco, lo cual me costó el trabajo. Faltaba poco para Navidad, ya estaba en mi quinto año de Contabilidad. Por ese entonces tenía un examen muy difícil de matemáticas, ya era uno de los finales para obtener mi título, entonces cuando iba a retirarme a dar mi examen se acercó el mayordomo a decirme que tenía que quedarme hasta la noche porque iba a haber una reunión extraordinaria en donde asistiría el ministro de Hacienda, lo cual requería mi presencia. Yo le dije que no podía porque tenía un examen final, pero él insistió en que debía quedarme, que no había más personas, que yo solamente debía hacerlo. Yo insistí en que no me quedaría porque debía rendir mi examen, pero él me gritó diciendo que si acaso no sabía que aquí se venía a trabajar y no a estudiar, me dio mucha rabia, mucha impotencia y pena por su insensibilidad y porque si no iba a dar ese examen me costaba el título, entonces me monté en el macho y le dije que yo venía a este lugar a estudiar y a trabajar porque no quería pasarme la vida de mayordomo como él, que quería ser alguien más, entonces

Confieso que he vivido

discutimos y el hombre enojado me dejó toda la noche subiendo y bajando a las personas por el ascensor. Como no pude dar el examen perdí mis estudios, entonces fui al banco y renuncié. Cuando lo hice, Arturo Aguirre, el contador, me dijo que no lo hiciera, que si lo hacía me iba a arrepentir y que no iba a encontrar trabajo en ninguna parte, pero mi rabia era tanta que yo sólo quería irme de ese lugar. No tan sólo lo hice, sino que se cumplió la profecía de Aguirre, nunca más encontré trabajo.

Sin pan ni pedazo entré en una depresión horrible, no quería saber nada de nadie, había perdido el encanto de vivir, el sentido por el cuál algún día todo ser humano se siente libre y vivo.

Un día me encontraba realmente agobiado y depresivo, necesitaba desconectarme del mundo o quizás conectarme con cosas simples, fue así como agobiado me fui a caminar por los Dominicos. Por ese entonces ese lugar era puro campo, existían casonas enormes de fundo, muy pocas casas chicas, un hermoso paisaje natural que me daba la tranquilidad que tanto necesitaba, por haber cometido la torpeza de perder lo que tanto me había costado construir. Estaba en eso cuando de pronto vi a una jovencita muy linda que estaba sentada en la entrada de un fundo, la miré inmediatamente porque su belleza llamó mi atención, ella me miró y me acerqué. Vestía una blusa naranja con una ancha falda multicolor- ¿qué hace tan solita señorita?, le pregunté. Ella sonrojada me sonrió y me dijo:- nada, pasando el tiempo.

El lugar era muy hermoso, naturaleza viva: los árboles florecidos, el canto de los pájaros y los ojos de aquella hermosa niña me cautivaron por completo. Luego de una conversación me enteré que su abuelo era inquilino de ese fundo, vivía junto a él y su abuela, que fueron quiénes la criaron. Yo tenía veintiún años y aquella hermosa mujer, diecisiete. Me llamó la atención lo astuta que era y lo fluido que hablaba, me contó que escuchaba radio todos los días, que le gustaba estar atenta del acontecer noticioso. Conforme pasaron los días no dejaba de pensar en esa linda chiquilla que me había cautivado, y comencé a ir más seguido a lo que sería con los años el pueblito de los Dominicos. Al tiempo me confesó que se había flechado de mí el primer momento en que cruzamos las miradas por primera vez, así que sin mayores pesares nos casamos y fue así como Edelmira se convirtió en la madre de mis hijos.

Nos fuimos a vivir a la casa de mi padre en Purísima con nuestro primer hijo. La cosa no fue fácil, como ya mencioné la profecía de Aguirre se cumplió, nunca más volví a encontrar

Confieso que he vivido

un trabajo estable, incluso intenté volver al banco pero no fue posible, simplemente no me recibieron. Luego vino el segundo hijo y la cosa se complicó. Salía a buscar trabajo a diario pero me iba mal.

Una de las cosas que llamaban mi atención al caminar por la calle Recoleta, eran los vendedores de flores que se subían a ofrecerlas a las micros y a las personas que iban caminando al cementerio. Me sentía agobiado, los problemas económicos no me dejaban descansar, y para más, viviendo con mis dos hijos y mi mujer en la casa de mi padre. Un día conversando con él me dijo que me casara, que ya era tiempo de independizarme y proyectarme con la que hasta el día de hoy es mi esposa. Atormentado por no conseguir empleo y ver como lo hacía para alimentar a mis hijos, una buena tarde me fui con mi hermano mayor al Baratillo de La Vega Central y con cinco pesos me compré un canasto. Luego me dirigí al terminal de flores que estaba ubicado en General Mackenna con Morandé y, con los últimos sesenta pesos que me quedaban, me compré unos ramilletes de flores. Las ordené, las puse en agua y las dejé toda la noche descansar. Al amanecer las ordené en mi canasto y salí a caminar por Recoleta con Andrés Bello a vender mis hermosas flores.

Tenía vergüenza. Caminé dos cuadras sin vocear "las flores frescas, lindas flores". Cómo sé que existe Dios me encomendé a Él, me dio valor y perdí la vergüenza y el temor. Comencé a ofrecer las flores, cada vez levantaba más la voz, las vendí todas. Desde ese instante y hasta ahora me dedico al comercio.

Un sábado por la tarde me fijé que cerca de la casa de mi padre, casi al llegar a la calle Recoleta, se instalaban vendedores de flores, me acerqué a ellos y les conté que me estaba dedicando al rubro de las flores y que cómo lo hacían para obtener permiso, me escucharon atentamente y me contaron que todos ellos trabajaban sin autorización, pero que no me preocupara porque no iba a tener problemas y que trabajara tranquilamente, que ellos no eran envidiosos y que todos teníamos derecho a ganarnos el pan honestamente. Trabajé varios años por esas calles, nos subíamos a las micros que iban al cementerio y vendíamos todos los ramos que llevábamos y siempre con el apoyo incondicional de mi noble esposa.

Fue pasando el tiempo y el rubro de las flores me estaba generando problemas de salud, principalmente porque el desgaste era mucho y comencé a planificar la idea de cambiar el rubro y dedicarme a algo que no me implicara tanto desgaste y que significara un

Confieso que he vivido

mejor ingreso. Fue así como comencé a comprar artículos importados, ya que buscaba la novedad del mercado, y siempre había gente interesada en comprar. No sólo buscaba innovación sino que también crecer como comerciante ya que este nuevo rubro me significaba invertir menos dinero, menos esfuerzo físico y más ganancia. Con mi señora, codo a codo, comenzamos a vender nuestros productos principalmente a amigos y a mis ex compañeros de trabajo del banco. Fue así como me hice de una cartera de clientes que me compraban todo lo nuevo que traía, desde juegos para niños, radios, pilas, banderas para el 18 de septiembre, y varias otras cosas más. También conocí al chino Juan Otaña, quién me vendía productos variados y enormemente novedosos para la época, directamente traídas de su país.

Recuerdo que nos cambiábamos de productos conforme el mercado se innovaba. Una tarde estando en un restaurante, vi como un hombre se acercaba a los comensales y de su chaqueta sacaba un papel muy enrollado y se los mostraba con un entusiasmo que llamó mucho mi atención. Eran mapas mundi y de Chile, entonces este hombre les decía a sus futuros clientes que con ellos iban a conocer el planeta entero, y sus hijos, y los hijos de sus hijos, también lo harían. El hombre vendió toda su mercadería, y yo no quise quedarme afuera así que también adquirí mi mapa. Lo miré atentamente y me fijé que en la parte posterior decía: "Instituto Geográfico Militar de Chile".

Esa tarde volví a mi casa con una sola idea en la cabeza: debía armar mi propia empresa de mapas, fue así como me dirigí al Instituto Geográfico Militar y comencé a averiguar de dónde salían esas maravillas. Recuerdo que compré unos tantos y comencé a venderlos, fue grito y plata, entonces comprendí que debía ampliarme en este negocio, así que busqué un socio, nos fuimos a una fábrica de plástico que estaba en Vivaceta y comencé a plastificar los mapas yo mismo, los cuales adornaba y les ponía una moldura de madera arriba y abajo para poder colgarlos. También me dediqué a vender diccionarios. Posteriormente llevé una muestra de mis mapas a la municipalidad de Santiago para poder optar a un permiso, me lo dieron y me instalé en Ahumada a un costado del Banco de Chile, trabajé varios años ahí, mantenía bien aseado mi pequeño espacio y logré obtener varios clientes del centro. Pero todo tiene su fin, estalló el golpe de Estado en 1973, se acabó la democracia y se erradicó el comercio ambulante en el centro de Santiago. Con o sin permiso desde ese instante salía a vender mis mapas fuera de la capital, lo que me permitió conocer todo Chile de Arica a Osorno, todas las ciudades principales. Estoy seguro que muchos abuelos y padres me compraron mapas y diccionarios para sus hijos y nietos. Me queda la satisfacción al saber que aporté a la educación y los lazos de ellos vendiendo mis productos.

Confieso que he vivido

Posteriormente nos dedicamos con mi esposa a vender las leyes del tránsito que por ese entonces eran la gran novedad. Los comprábamos a cien pesos y los vendíamos a doscientos. Al principio no fue fácil ya que había un caballero que lo apodaban “el canalla”. Éste compraba todas las leyes del tránsito y las vendía a un precio inferior, lo que nos dejaba sin mercadería ni clientes. En Santiago no prosperó el negocio. Compramos 300 ejemplares y nos fuimos a venderlos a Rancagua, específicamente recorriamos los alrededores de la mina El Teniente y los sectores céntricos de esa ciudad. Los vendimos absolutamente todos.

Después de un tiempo, y obteniendo ahorros con mis productos, le compré un sitio a un sobrino de un ex colega del banco y me fui a vivir allá con mis hijos y mi mujer. Esto ya hace más de cuarenta años. Actualmente vivo ahí, en una hermosa casa construida con el sudor de mi frente en la población San Rafael de la comuna de la Pintana.

La Pintana me ha dado tranquilidad, felicidad y ha visto crecer a mi familia y a mis hijos. Actualmente trabajamos en el persa Bío Bío, vendemos artículos militares y nos sirve para darnos vuelta con el dinero. Debo confesar que a ratos me siento triste y angustiado porque mis ex colegas del banco ganan jubilaciones dignas, y yo apenas la básica solidaria. Entonces me cuestiono el haber renunciado al banco y a mis estudios y realmente me siento angustiado, pero si eso no hubiese ocurrido, esa tarde no hubiera conocido a mi bella Edelmira y hoy no tendría a mis cinco hijos, diecisiete nietos y diez bisnietos que tengo. Soy, y somos, felices y agradecidos de Dios, que en su inmensa sabiduría me puso esa tarde en los Dominicos y no en el banco, siempre al lado de mi abnegada, astuta y leal esposa.

Esta es la historia de mi vida, por la cual confieso que he vivido y, como dice en su bella canción la gran Violeta Parra, “gracias a la vida que me ha dado tanto”.

Jardín Infantil





Aquella muchacha a la que le gustaba cambiar de trabajos

Autora

Libertad Joan Franco Álvarez

Comuna

La Florida

Hace muchos años, tantos como las arrugas brillantes que atraviesan la palma de mis manos, llegué a la metrópolis santiaguina, a imbuirme en ella para conocerla, tarea que no era nada fácil. Tenía sólo 18 años, en la mitad de los años 60's; soltera, ávida por cumplir mis sueños universitarios que yo misma había intentado meterme en la cabeza. Abandoné la casa de mi padre de un pueblo -casi rural- del centro de Chile. Con ternura y pena me despedí de mis seres amados, mi pequeña familia, para abordar la vida dejando atrás los silencios de las calles pequeñas serpenteadas de lodo en los inviernos y en otras estaciones, se convertían en polvorientos caminos.

Atrás quedaba el paisaje de las planicies y lomas que tan bellos colores lucían en primavera y verano, cuyas geométricas figuras de tonos pasteles observaba muchas veces sentada en una piedra a la salida del camino. Cuando recién abandoné mi terruño sentí mucha pena, pero eran tan grandes las expectativas que había proyectado para mi futuro que una suerte de alegría rodeaba mi espíritu y me empujaba a vivir lo que desconocía plenamente.

Alegre con mi Bachillerato en Letras entre mis documentos, creía que eso me serviría para entrar en alguna universidad en el gran Santiago. Al llegar a la metrópolis desconocía

Confieso que he vivido

todo. La última vez en la que había estado en la capital tenía 8 años, y desde ese entonces habían transcurrido 9 años. No conocía la ubicación de los edificios de las universidades ni las calles principales, me costó bastante ubicarme. Finalmente, encontré la Universidad de Chile que está en la Alameda, subí al segundo piso di mi nombre y, ¡qué alegría! figuraba allí. Me dieron una papeleta con los resultados de mis notas y un certificado que daba certeza que había dado Bachillerato en Letras y el puntaje. Creí que tenía el mundo en mis manos, pero con desilusión los meses se hacían largos buscando trabajo estable. Sin experiencia de ninguna clase, solamente con Sexto de Humanidades y ese certificado que acreditaba mi participación en el Bachillerato.

En el Congreso Nacional, que estaba en Morandé con Compañía, pasé horas esperando que algún diputado me otorgara alguna tarjeta de presentación y me enviara a algún lugar en busca de trabajo ¡Imposible!. Finalmente consigo tarjetas de presentación, voy a diferentes lugares, pero no me toman en cuenta, no me hacen test de ninguna clase, los días pasan, pero yo no perdía la esperanza.

Mi abuelita que vivía en Santiago me sustentaba ante esta situación de que no puedo encontrar trabajo, ni menos entrar a alguna universidad. Voy a los diarios, me ofrezco incluso para barrer, pero nadie me da ninguna oportunidad. Era el año 1966 y a mediados de éste, mi abuela procura con una amiguita de ella un trabajo para mí en un hospital. Como nunca había trabajado considero ese trabajo una salvación, pero no me agrada. Era un Banco de Sangre donde aprendí a lavar flebos (mangueras de goma que se usaban para extraer sangre a los pacientes), sacar y poner sangre, a esterilizar jeringas en un aparato que se llamaba "autoclave". Hago turnos de noche, voy a la maternidad a poner sangre a las mamás post-partos, aprendo muchas cosas, pero nada de eso me agrada, mi mente siempre volaba. Mientras lavaba flebos, miraba un árbol lila que crecía muy alto en primavera y que sobrepasaba el edificio donde ganaba mis primeros pesos. Santiago se llena de esos árboles con ese hermoso color en cada primavera. Pensaba ¡cómo sería ser estudiante universitaria!. Estudiar sin problemas económicos, pero sabía que para eso tendría que, tener un trabajo estable, pero aquel no me agradaba. Si bien aprendía todo, seguía sin poder realizarme como persona. Quería un trabajo de oficina y sabía que era difícil lograrlo estando en un hospital. Se termina el post natal de quien estaba reemplazando, me voy.

Llega 1967, y en el verano de ese año un amigo de mi pololo me lleva a la V Zona, un organismo de Salud Metropolitana, que se ubicaba en calle Mapocho, al lado de la calle

Confieso que he vivido

General Barros Borgoño. Ahí reemplacé por varios meses -en diferentes oficinas- a las mujeres que esperaban hijos, tanto en el período pre y post-natal. ¡Estaba maravillada! Pude comprar ropa y el sueldo lo consideré bueno, ya que a veces me pagaban dos sueldos juntos, lo que para mí era mucho dinero. ¡Estoy feliz! Pero aún no puedo confiar en ese trabajo porque no estoy contratada. Mi pensamiento fijo en la universidad se volvía cada vez más lejano.

Eduardo Frei Montalva, gobierna. Es su período presidencial 1964-1970. En todas las oficinas los demócratas hablaban de su Presidente. Yo era muchacha rústica, pero con ideas muy claras respecto a la política, no quería hablar demasiado, sólo observar. Pero cuando alguien me preguntaba, yo daba mi opinión. Las asistentes sociales estaban en todas partes, a cargo de oficinas y tenían secretarías. Me hice muy amiga de una chica de mi edad que era secretaria cuya jefa era precisamente una asistente social. Siempre me veía cuando iba a esperar a mi amiga para irnos al centro juntas. Un día le dijo: "bien inteligente es tu amiga la niña nueva que trabaja en asesoría de farmacia. Una niña como esa me gustaría enviar al Ministerio de Salud como secretaria de una oficina que se va a crear. Se llamará "Relaciones laborales", para atender a todas las organizaciones de dirigentes sociales que hay en cada hospital. Esa oficina recogerá todas las peticiones que se requieran para después presentarlas al ministro. Cuando converses con ella, pregúntale de qué partido es". Mi amiga se puso muy nerviosa, porque yo le había contado sobre mis ideales, sabía cómo pensaba, y le respondió que no sabía, pero que me preguntaría. Cada vez que iba a esperar a mi amiga la jefa estaba ahí, y me escuchaba opinar. Hasta que un día me dijo: "mira chiquilla, te encuentro bien hábil para la política, creo que te enviaré al Ministerio de Salud a trabajar. Allí te contratarán y no tendrás que estar reemplazando a nadie". Tomé eso como un regalo del cielo y me deshicé en palabras de agradecimiento. Me hicieron una gran despedida con muchas exquisiteces, pastelitos, bebidas, petite-bouche, tortas, etcétera. Estaba asombrada y muy contenta. Es cierto que llevaba un año reemplazando a muchas personas y había estado en diferentes asesorías: nutrición, farmacia, capítulo médico, etcétera. Quería contarle a mi padre que su hija se había demorado en llegar, pero que al fin le había doblado la mano a la metrópolis; que no me tragaría y que tampoco estaba dispuesta a sucumbir, que de esas lejanías silenciosas había llegado a los chirridos de autos, micros apretadas, semáforos luminosos, al centro de Santiago, que por fin ingresaría a un mundo nuevo, diferente. Ese trabajo en realidad me gustaba mucho, el andar bien vestida, peinarme cada semana en el Instituto Fany que me quedaba cerca (en calle Puente), pero que ya no existe.

Confieso que he vivido

Llega 1968, la revolución de las flores, el hipismo. En mayo, la revolución de los estudiantes franceses, el movimiento social y político de ese país, que estuvo a punto de hacer caer a Charles de Gaulle, se siente en el ambiente chileno, se conversa en todos los círculos de trabajo de algunos oficinistas. También empiezo mi nueva era, con trabajo fijo, contrato vigente, ya no reemplazo a nadie. ¡Por fin lo he logrado gracias a una mujer, la jefa de mi amiga!

Conozco a mi nuevo jefe y el ambiente es un escenario desconocido para mí. Pronto este señor es ascendido. En un par de meses llega otro señor, también demócrata cristiano, eso sí, más joven y con título de Administrador Público. Tengo muy buena sintonía con él, aprendo mucho sobre trabajos de oficina, ordenar kardex carpetas, memorándum, providencias, que se usaban en esa época. Soy muy feliz y pasan los años muy rápido, acontecimientos, cambios de vida, pero con todo lo que había conseguido algo me faltaba, quería hacerme cada vez más experta, aprender más. Vuelven a cambiar a mi jefe quien se va a un cargo en Televisión Nacional y dejan en el puesto a un señor rastrero, flojo, mandador de parte y sin título profesional, porque nunca terminó la carrera...la verdad, me caía muy mal. Tenía malos hábitos: mientras habla por teléfono se rascaba la cabeza y toda su caspa caía sobre el único teléfono que había en la oficina. De joven nunca acepté la mediocridad, ni esa supremacía de algunos hombres sobre el personal femenino que a veces tienen a su cargo, y como ya conocía mucha gente en el ministerio me cambié de Departamento y ¡me fui!

Mi nuevo trabajo fue en el Departamento Técnico... cada vez estaba más arriba, muy cerquita de la Secretaría Ministerial. Había mucho personal, jefas con secretarias en amplias salas, un jefe médico muy amable, bonachón, también demócrata cristiano; enfermeras demócratas. Con una de ellas me hice muy amiga, una señora con quien lo pasaba muy bien. Tenía gran facilidad para hacer amigos, especialmente con la gente mayor. Los años pasaron muy rápido. De pronto, me encuentro en 1970, como cuando alguien se encuentra con un amigo de frente. En esos dos años trabajé en una sección que se llama Acción Comunitaria que la DC tenía para desarrollar políticas de correlación e información con organismos extranjeros y también chilenos como Cáritas Chile, UNESCO, los que estaban a cargo de un médico demócrata cristiano, no tan buena persona como el jefe mayor, pero entre este médico que -además- era jefe de un consultorio y trabajaba por las tardes en el ministerio, era una persona no muy agradable, además de tener una letra ininteligible para traspasar sus cartas a la máquina y el ordinario de Relaciones Laborales, prefería a este señor.

Confieso que he vivido

Sale Allende en 1970 y apenas se instala en La Moneda abre oportunidades para llegar a la universidad, para quien quisiera hacerlo; hay que adjuntar antecedentes, años laborales sirven bastante...Bachillerato a esta altura ya no sirve de mucho. Vino el cambio curricular entonces había que tener la Prueba de Aptitud Académica (PAA)...también la doy. En marzo de 1971 ingreso a la Universidad Técnica del Estado. En mi trabajo formo parte de la planta, no soy una simple contratada, y mi camino gracias a Salvador Allende que decide que los pobres entren a diversas universidades. Siendo una trabajadora, participo de este sueño tan ansiado de mi parte. Como esperé tantos años, entramos todas mis hermanas en diferentes ciudades a las universidades aquel año 1971. La vida nos sonreía, se pagaba una matrícula pero no se pagaban cuotas mensuales. Ahora tenía la felicidad completa, es cierto, llegué un poco tarde, porque no era fácil abrirse camino en la metrópolis, romper el cerco cuesta. Además era la hija mayor de un padre pobre, pero no miserable. Conozco por primera vez la lectura Hegeliana; conozco a estos autores, aprendo microbiología, matemáticas, biología pura, inglés técnico, metodología del descubrimiento, mi vida corre vertiginosamente. Me cambio nuevamente de Departamento dentro del mismo ministerio, me cambio a Salud Mental. Allí conozco un nuevo jefe médico, buena persona, agradable, que está a cargo del Departamento contratado por 44 horas. Soy estudiante y trabajadora a la vez. A pesar de no ser una niña de 18 años, vivo la vida juvenil que tanto añoré y que acaricié en mi pueblo pequeño, soñando con el día en que llegaría a la universidad. A algunas nos cuesta más que a otras, lo importante es llegar, mi visión de la vida cambia las percepciones. Como el Gobierno cambió, ahora mi jefe es comunista, buena persona, médico siquiatra, y mi universidad sigue su algarabía y los días más felices se deslizan por aquel entonces. Víctor Jara va constantemente a dar charlas, hay vida en la universidad, es más de lo que yo había soñado. Hay canto, utopías, conocimientos y anhelos de hacer de Chile un mundo mejor.

Estando en el segundo año de mi carrera, me ofrecen un cargo en la Vicerrectoría de Comunicaciones, por cierto como secretaria, pero ahora de la universidad. Lo pienso muchas veces, pienso en lo mucho que me costó ocupar un cargo de planta en el ministerio...tengo miedo, y respondo que más adelante. Sigo estudiando y pronto llega 1973, las cosas están cada día más tensionadas entre dos mundos por ideas diferentes entre las personas de la UP y los que estaban en contra. Hay filas en todas partes para conseguir los alimentos básicos y un ambiente sedicioso se respira por doquier. Entre mis amistades en la UTE postulo nuevamente a la vicerrectoria por concurso público. El dinero era solo un poco más del que ganaba en el ministerio, pero saqué otras cuentas. Un nuevo ambiente y ese afán de volver siempre a escenarios nuevos, aconsejada por otras personas, no renun-

Confieso que he vivido

cio a mi cargo de planta, sino que pido un permiso sin goce de sueldo por seis meses y, nuevamente emigro, claro esta vez las estrellas no estaban conmigo porque realicé este acto en el mes de julio del año 1973. Trabajo cómoda, ahora con antropólogos, dibujantes técnicos, profesores de arte y mucha relación con la cultura del país. Se hacían contratos a gente extranjera y era un ambiente muy distinto a todo lo que había conocido en salud, empezando por los hospitales, hasta conocer los estratos más altos del ministerio. Acá nada era igual. Actores y artistas pasaban por estas oficinas, eran las comunicaciones que se llevaban en esa vicerrectoría. Estaba contenta, pero muy alerta a los comentarios que se escuchaban entre los meses de julio, agosto, septiembre me hacían temer por las condiciones del país. Pero yo vivía en mi mundo de estrellas, en mi lucha basada en las palabras de mi amado padre y en los discursos de Salvador Allende cuando nos hablaba a los jóvenes, quería romper la barrera de la ignorancia a través del conocimiento y me esmero iba por ese lado, por cierto, no siendo indiferente al proyecto global del Presidente. Recuerdo ser muy feliz con cada cosa nueva que aprendía.

Septiembre cambia mi historia. De una muchacha semi-rural que me abrí camino un poco por mi coeficiente intelectual y por la forma generosa que presentaba frente a mi trabajo, muy colaboradora, responsable, paso a ser casi una leprosa, por lo menos así me vi frente a los nuevos acontecimientos. El día 10 de septiembre estando en la oficina, siento un fuerte dolor de muelas y una compañera se ofrece para llevarme a la clínica de la universidad para ser atendida. Una doctora determinó que había que sacar la muela, era la del juicio ¡fue horrendo! porque soy muy mala para soportar el sufrimiento físico. Sangré mucho y la doctora me otorgó un certificado para que no fuera al día siguiente porque posiblemente tendría más sangramiento por la noche. Los odontólogos no extienden licencias médicas, por lo menos en esa época, por eso me dieron un certificado por un día. El día siguiente era 11 de septiembre y yo no me presenté al trabajo. A los tres días aparecí por el lado de Quinta Normal, pero los conscriptos me dijeron que no podía pasar hasta unos días más tarde por orden superior. Pasó una semana y tuve intención de presentarme pero no pude entrar, porque no había nadie de las personas que trabajaban en ese lugar. Conversé con alguien que andaba tan perdida como yo y me explicó que habían llevado casi a toda la gente de ese lugar al Estadio Chile y que también iba Víctor Jara, y allí el mundo se me vino abajo. Al día siguiente volví al Ministerio de Salud, me presenté en la Oficina de Recursos Humanos y dije que le ponía fin a mi permiso sin sueldo, porque al parecer un bando decía que todos los funcionarios públicos debían estar en sus lugares de trabajo permanente. Así fue. Volví a mi departamento de Salud Pública y los demócratas cristianos estaban por todas partes. Me encontré con algunos

Confieso que he vivido

de ellos en el ascensor por la mañana de aquellos días entre el 13 y 14 de septiembre. Era una situación insostenible. En la oficina no estaba mi jefe comunista, en su puesto había otro médico demócrata cristiano que yo no conocía. No había nadie de los médicos que allí trabajaban, tampoco estaba el personal de enfermería que realizaba el trabajo de investigación en ese Departamento. Los pasillos hablaban; los rumores eran espantosos. (No he puesto nombre algunos de los médicos en este relato para no involucrar a gente que está muerta o muy vieja). Voy a trabajar como autómata.

Llega fin de mes y me pagan desde el día que me volví a reinsertar, es decir, ese mes tuve sólo medio sueldo. Continúo en una atmósfera muy desagradable, estoy ahí pero excluida, nadie me dice que haga algo... no hago nada, todos desaparecieron rápidamente, se volvían a los lugares donde pertenecían, igual como yo que había vuelto a mi puesto oficial en el ministerio. Empieza octubre y las exoneraciones llovían, pero a mí no me pasaba nada. Me repetía como para conformarme ;nunca hice nada malo!. Nada puede pasarme. Una amiga que tenía en el Departamento de Contabilidad se acerca...un fatídico día. Con una carita muy triste, y me dice "Libertad, tengo que darte una mala noticia, prepárate, estás en una lista de exonerados junto a cinco personas de tu oficina: dos médicos, dos enfermeras y tú". No vengas más, sólo ven a pagarte porque la orden es que se les pague y que se vayan. Yo le respondí: "pero si en la oficina no hay nadie, todos ya se fueron, pero yo no me iré porque soy de planta. Me costó mucho este cargo, nadie me lo quitará." Me abrazó, me dijo "eres valiente amiga, pero no sabes que en el ministerio mandan los militares". Los que mandan son delegados, médicos, uniformados; andan de civil con grados militares. La verdad es que no tuve miedo. Me quedé en casa los días que faltaban para terminar ese mes. No fue fácil, quería volver. Reflexioné como podría hacerlo. El tiempo indicador de todas las causas y consecuencias de nuestras existencias me dio la razón, era como aquella linda amiga me lo había dicho. Efectivamente volví a buscar mi sueldo de octubre y retiré la resolución en que se me exoneraba, por "remoción", decía mi hoja.

Tomé mi dinero, me despido en silencio de mis amigas de edad, puesto que yo era la chica joven para ellas, estaban casi por jubilar y me piden que no haga nada que me pueda perjudicar y que me retire a mi casa.

En el camino hacia mi casa me doy cuenta que aún no tengo mucho y que dependía de este sueldo y que ahora lo perdía todo, puesto que en la universidad tampoco estaban los jefes ni las personas con las cuales trabajaba, y mi carrera había desaparecido. Había que empezar todo de nuevo, entrar como nueva. No me hundo. Vuelvo los primeros días

Confieso que he vivido

de noviembre al ministerio, ahora llevo implícito el logo "exonerada", mis amigas me observan con reserva, consigo una máquina de escribir que me cuesta que me presten, la gente no quería saludarme como antes, creo que tenían miedo. Era todo caos, confusión, no había tiempo ni momento para hablar ni dar explicaciones de nada.

La situación que empiezo a experimentar en este período es absolutamente escalofriante. Me encuentro de manos cruzadas, sin trabajo, sin universidad y sin dinero, obviamente. No tengo a quien recurrir, siento en las miradas de los que se quedaron trabajando una especie de solidaridad reprimida, en otros una indiferencia total. Cambian a los conserjes, me piden que deje mi carnet para entrar, considero eso como una barra de hierro entre lo que fui y lo que ahora no era, esos conserjes antiguos eran la prueba visible de que todos me conocían. Me convierto en una extraña y recorro mi mente buscando respuestas, no encuentro nada. Repaso mi vida, no me considero culpable, dije que era Allendista, estudiaba en una universidad combativa, pero soy apenas un recurso básico, casi el último eslabón, no tengo título de nada, pero "soy planta". Empiezo a sentir una fijación con la expresión "soy planta", me aferro a ella. No estaba prestando servicios, no venía de otro lado, yo era una creación de ese lugar y tomé una decisión.

Bajé al sótano del edificio, allí estaban los archivos de todos los funcionarios del país, conversé con el jefe y le expliqué que sólo quería una máquina de escribir para hacer una apelación ante la Junta de Gobierno que recién asumía el país. Ese señor también me miró con ojos asustados y serios y me dijo: "hágala rápido y se va porque yo estoy arriesgando mi puesto si la ven acá". Le agradecí, tomé asiento y empecé a redactar.

Entregué mi carta en la Oficina de Partes como cualquier persona no como una funcionaria del ministerio. Los uniformados eran rápidos para todo, sólo iban a la acción, lo compruebo con lo que me sucedió. Al cabo de diez días ya tenía una respuesta, me habían mandado a buscar a mi casa por medio de un telegrama...yo no tenía teléfono en mi casa, ni siquiera para dejar recado. "Preséntese el 15 de noviembre de 1973 en el edificio de la V Zona, tercer piso, oficina. Por una apelación que usted presentó al alto mando de la Junta Militar", etc. etc. (este edificio de madera plomiza quedaba al lado de Barros Borgoño, en Mapocho esquina Independencia).

Otra mujer, creo, no lo habría hecho pero era tanto mi interés por recuperar mi trabajo que consideré tan injusta esa decisión que me presenté, tal como me lo indicaban. Allí dos hombres con lentes negros me interrogaron, quise sentarme y me dijeron "manténgase

Confieso que he vivido

de pié” esto no es una conversación de amigos, es una interrogación. “Usted apeló, por lo tanto nosotros la interrogaremos empezando por responder con la verdad, nosotros hacemos las preguntas”.

Los hombres tenían en su mesa una hoja blanca con cientos de nombres de gente de la salud, yo estaba en la parte del medio. Era una lista inmensa, ocupaban una regla y hacían ticket. De pié frente a ellos, respondí todo lo que me preguntaron.

- ¿Por qué apela?...respondí: porque es mi trabajo, es lo único que tengo. Soy pobre y soy de planta.
- ¿A qué partido pertenece?...A ninguno. Me nombran todos los partidos de la época. Les digo a todos que no.
- ¿A qué iba a esa universidad? Les digo a estudiar. No quiero ser siempre una secretaria.

Preguntas de ese tipo, estúpidas, tontas sin inteligencia. Yo tenía cierta experticia como secretaria y sabía responder muy bien y no tenía miedo. Vuelven sobre las mismas preguntas anteriores y se burlan porque digo que no pertenezco a ningún partido político. Me mantengo seria y sin miedo.

Finalmente, estos hombres irónicamente me dicen lo siguiente: “mire señorita, esta hoja que usted ve aquí la envía el Director-Médico del lugar donde usted trabajaba y es la única persona que viene con un asterisco rojo, para que se investigue su caso. Todo el resto, no ha lugar” ¿Tiene alguna influencia, conoce a alguien que la esté ayudando. No, contesto ¡para nada! Lo que sucede es que yo trabajé en varios departamentos de ese ministerio y vendía pan de pascua todos los fines de año. Me conoce mucha gente, se miraron entre los dos y parece que se rieron. Lo tomé como una burla, pero aparenté no inmutarme. “Hasta aquí esta conversación, deberá volver el próximo mes tal día”, fijaron la fecha y hasta luego. Me interrogaron 14 meses, según ellos, todas las Fuerzas Armadas tenían que emitir un certificado sobre mi persona, si yo había estado detenida, si pertenecía a algún grupo subversivo, si había hecho bombas molotov, si había incendiado algo, cosas totalmente ajenas a una persona que va a una oficina a trabajar como yo, era sospechosa porque iba por las tardes a la Universidad Técnica del Estado. Nunca me dijeron de qué me acusaban y por qué me investigaban. Lo pasé muy mal. Por la falta de dinero de esos largos meses y la angustia de saber si ganaría o no, y los largos meses de pobreza que cubrían

Confieso que he vivido

mi vida. Los hombres que tan mal me habían tratado en los primeros interrogatorios, muy déspotas, se convencieron que yo era un ser humano como miles de personas que por la coyuntura de la época en que me tocó batallar, no encontraron nada contra mí. Después que abandonaba ese lugar que conocía como la palma de mi mano, en el que me había ganado las simpatías de mis Jefes Asesores en la época de la Democracia Cristiana, que había sido tan feliz ganándome la oportunidad de ir a trabajar al ministerio en forma estable y jerarquizada, ahora me encontraba en esas feas circunstancias, pero luchando como fuera por mi trabajo. Después de salir de ese lugar caminaba a la Iglesia de La Pompeya, y pedía a mis dos abuelas muertas que me ayudaran en tan feroz encrucijada. Lo pasé mal, es cierto. Nunca me hicieron nada físico, pero salía muy descorazonada y psicológicamente acabada porque no resolvían mi situación y los meses pasaban y pasaban...me trataron en forma rígida. Siempre me mantuve en esa ética, que si era secretaria tenía que trabajar con todos los jefes porque yo sólo cumplía mis obligaciones, independiente de quienes fueran mis jefes, además era funcionaria pública. Y el tiempo, el ejecutor de los hilos de la vida, apresuró su paso por mi vereda y un día de enero de 1975 me envían a la casa un grueso documento con muchos papeles firmado por todos los miembros de la dictadura. Me indican por medio de otra Resolución "que se reintegra a esta funcionaria, que se le paguen todos los meses impagos, con sus imposiciones. Que elija un establecimiento cercano a mi domicilio y me presente allí".

Así fue. Paradójicamente, la vida me llevaba a los lugares en los que yo no quería estar. Volvía, pero esta vez como titular, pero a un hospital. Nadie podía volver a moverme. Recuperé mi trabajo a costa de duros sufrimientos psicológicos, pero no físicos. En esos largos meses que me exiliaron en mi propio país, de mi trabajo que amaba, perdí muchas cosas: la universidad fue una gran pérdida, me quedé sólo con el conocimiento, mis contactos con gente profesional trabajando desde jovencita...me permitieron crecer, madurar y poder defenderme sola ante esa dictadura, que mataba por nada a tanta gente inocente que no tuvo mi preparación, mi suerte para contestar, mi falta de miedo a las autoridades, de ese gobierno de facto, y el amor de mis viejas abuelas muertas que tanto me quisieron y que me ayudaron desde el más allá. En la Contraloría General de la República figura mi expediente y figuro sin ninguna laguna, repusieron todo lo que me suspendieron por 14 meses, como si nunca hubiera sucedido nada. Duré seis años en ese hospital y me retiro por mi propia voluntad, y vuelvo a girar el ruedo de mi vida. Esta vez vuelvo de nuevo a la universidad, que no fue la amada Universidad Técnica del Estado (UTE), y empiezo una nueva carrera. Estudio cinco años y soy nuevamente feliz. Obtuve el título y más tarde seguí perfeccionándome. Hice un Magister en Educación y después me pensioné por edad.

Confieso que he vivido

El camino de la adversidad siempre se puede doblegar y aunque las heridas hayan quedado en el horizonte de mi memoria y hoy sólo parezca un frágil cuento del pasado, es sólo un pálido hecho frente a las cuentas muertas de muchachas jóvenes que fueron interrogadas por hombres uniformados...los que a mí me interrogaron eran hombres de civil. El asterisco rojo, que pusieron en aquella hoja blanca, puede ser de alguna compañera muerta; colegas secretarias de edad que me conocieron tan alegre y valiente para enfrentarme ante la pérdida de mi trabajo que es el pan que no tienen los pobres cuando pierden el trabajo. Más aún, en aquellas circunstancias en que vivir dependía de los ideales de cada persona. Me considero una sobreviviente, que nunca fui considerada para postular a indemnización por daños y perjuicios morales, a pesar que el Gobierno del señor Lagos me envió una carta en que figuraba aún como exonerada en la Intendencia de Santiago. Cuantas veces se atreve una a cruzar el río sin tener consigo el riesgo de hundirse, pero hay que hacerlo para vaciar la memoria, conocerse un poco más en la medida que se escribe cuando tenemos una edad suficiente para contarlo. ¡Confieso que he Vivido, Grande Neruda!







Confieso que he vivido

Autor

Pedro Antonio Córdova Fuentes

Comuna

Puente Alto

Los añejos recuerdos, espumantes, juguetones como burbujas de champán en año nuevo, se agolpan en las puertas de mi mente, esperando el estallido que anuncia la libertad de un obeso corcho reprimido sin destino, que rebota de un lugar a otro y termina perdido en un oscuro rincón ajeno y olvidado de la fiesta familiar, como mis ensoñaciones que sólo a mí me importan.

Olvidados quedaron las locas carreras con mis primos sobre los tejados vednos, en casa de mi abuela en la ciudad natal de mi padre en Cauquenes. La higuera de frutos dulces y trasnochados, repartidos por sus brazos blancos y generosos.

Los desayunos madrugadores en el mercado del puesto de mi abuela. El pan amasado calentito abrazando un trozo de carne chorreando jugo, acompañado por un gran tazón de leche de vaca madrugadora.

Las caminatas de amanecida por las playas de Curanipe y Pelluhue. Los pescados de ojos brillantes y aquel pajarito de ojos opacos que yo apagué de un hondazo para demostrar la destreza de un nativo de Puente Alto. Después, arrepentido, lo tomé entre mis manos para darle calor y revivirlo, pero el "pajaricidio" se había consumado.

Confieso que he vivido

Tarareo un tango que viene a mi encuentro... Pienso en mi vida escolar, casi en silencio, casi murmurando..."Volver con la frente marchita, las nieves del tiempo platearon mi sien. Sí, vuelvo en busca de los recuerdos después de sesenta años, te busco, te nombro, te encuentro, te sueño y te añoro. Te veo como antes, están todos mis compañeros ya viejos, nos atrapa la nostalgia, los invito a viajar conmigo.

Mi colegio ya no es el mismo, está vestido con ropajes nuevos, pero quedan aún las ancianas salas con sus ventanales pequeños multiplicados, con altas murallas, donde anidan las arañas tejiendo sus telas, inalcanzables para los encargados del aseo...

Quedan las antiguas escaleras y en el algún lugar otroras puertas remozadas con pinturas de hoy, que ven pasar ahora a niños de antaño disfrazados de viejos. Apuro el paso, e impulsado por un sentimiento incontrolable, me sumerjo en pretéritos tiempos.

Ante mí, el patio de mi colegio, con su campana ya silente, oxidada, mudo testigo del paso del tiempo, monumento histórico, alegría general en sus sones que anuncian el recreo...

La cancha, pavimentada de polvo y piedra donde nos enfrentábamos en partidos interminables como ochenta por lado, donde la pelota no era importante, lo que importaba eran las canillas de los rivales y ganaban los que tenían menos heridos al finalizar el partido. La pelota entonces no era tan redonda, era de rombos de cuero en cuyo interior habitaba un globo negro con un pituto que una vez inflado pugnaba por salirse de su vestimenta de cuero, impedida por un gran corión del mismo material que lo apretaba como faja de abuelita.

Cuantas veces esta pelota, especialmente en invierno cuando se engalanaba de barro, estampó en nuestras frentes su huella indeleble, único trofeo conseguido una vez que finalizaba el recreo. Con el tañido de la campana, tocada por un larguirucho compañero, elegido sólo por ser el más grande. Muchas veces fue raptado y amarrado en el fondo del patio para prolongar nuestros juegos y, además, castigado por abandonar sus deberes. Nunca denunció a nadie y asumió lo que le tocó vivir con entereza, como tuve que hacerlo yo, asumiendo mi vida en la adolescencia.

Aceptar el camino que yo voluntariamente había elegido, junto a mi pareja. Después de un largo pololeo fuimos bendecidos con la llegada de nuestra primera hija. Debí dejar mis estudios de decoración de interiores para casarme contra la voluntad de mi

Confieso que he vivido

padre, que me exoneró de la casa, pero yo no sería como él, que tardó ocho años en reconocermelo como hijo...

Me acuerdo con tristeza y sin rencor. Son los años sin padre, donde cualquier hijo de vecino se creía con derechos para castigarme en ausencia de mi madre. Recuerdo el conventillo donde viví. Casas de maderas recicladas, pegadas unas con otras; solidarias, buscando calor y firmeza, nidal del tráfico de cahuines, pisos de tierra dura, pisoteados por niños de pies descalzos que dejaban sus huellas húmedas, jugando con el agua del único tonel y la única llave del lugar. Tenderos de ropas multicolores y desteñidas, que generalmente terminaban en el suelo con las carreras de niños inquietos, provocando peleas entre los mayores...

Los regalos de mi madre, etiquetas de hermosos colores, brillantes como sus cabellos, rescatadas de los calcetines de la fábrica Victoria, donde trabajaba. Y aquel maravilloso paseo a Santiago, que me brindó en su único día libre... Me parece percibir aún el traqueteo monótono de los tranvías sobre calles empedradas azules pintadas con el rocío de la mañana.

Mis pensamientos desbocados como caballos salvajes, corren de un lugar a otro sin orden, espacio ni tiempo, sólo buscando su libertad.

Retorno a mis recuerdos. Del colegio en medio del tierral del singular partido de fútbol, un grupo de niños ajenos a tal griterío, juegan a las bolitas, la "Troya", la "Hachita y Cuarta", con uña y dedo mesa, el choclón con sus pares y sus nones. ¡Las bolitas, que tesoro máspreciado en nuestra infancia!. Desde la más modesta, la bolita de piedra, las ojitos de gato de cristal, la bolita de polca salpicada como cara de adolescente, pero la mejor era la bolita de bronce con un trocito de plomo en su interior, para caer "chan tete", caer y quedarse quieta, como una estatua, como me quedé yo cuando en una noche de pasión de mis padres el catre de bronce del cual había hurtado las bolitas, no resistió las investidas producto de la venta ilegal de la cual yo me había favorecido. Mis padres terminaron en el suelo buscando una explicación que yo tuve que dar... Mi padre nunca entendió mi afán por el comercio clandestino y me borró con un cinturón militar la raya de mí trasero, que quedó convertido en una marraqueta recién salida del horno.

Me transformé en el mejor jugador para recuperar todas las bolitas de bronce que le faltaban al catre de mis padres para armar el llamado "Rin de cuatro perillas"...

Confieso que he vivido

Viajo por el laberinto del tiempo. Tengo entre mis manos, un calcetín huacho donde guardo mis bolitas... el otro calcetín huacho lo tiene mi papá. Paso raudo sobre un montón de bolitas de cristal de niños que juegan al choclón, y aplicando toda mi creatividad hice desaparecer varias en el interior de mis zapatos rotos, no resistí las miradas seductoras de las bolitas ojitos de gato.

Me detuvo el ronronear multicolor de unos huasos pequeños con una sola pata de metal que bailaban al son de una cuerda dentro de un círculo trazado en la tierra. Parecían coquetear con una dama también de un solo pie. Era la cueca brava del trompo y la tagua en la llamada "olla porotera". Los trompos silbaban en el aire ante la algarabía de los niños alrededor del círculo. En su interior los trompos inertes, esperaban ser masacrados, o liberados por los trompos fuera del círculo...

Las imágenes brotan transparentes, juguetonas, del manantial de los recuerdos. En días de lluvia se veían las murallas decoradas con figuras de explosivas estrellas pintadas de barro, primera manifestación del arte infantil en mi colegio.

Que no era tal se llamaba "el toambo", que se jugaba con una pelota hecha de una media huacha, rellena de trapos. A mi madre no le gustaba este juego, pues había encontrado muchas prendas íntimas que había perdido dentro de mi pelota. Al parecer, a mi papá tampoco porque otra vez me castigaron la marraqueta. Así era muy difícil ser un niño creativo.

Eran los tiempos del emboque, las carreras de botes de papel cuadriculado en la acequia del final del colegio; el juego del "run-run", de tapas de botellas aplastadas por las ruedas del tren perforadas y atravesadas con una pitilla para terminar girando y zumbando entre las manos de osados niños que jugaban a las peligrosas comisiones del run run, con más de algún herido.

Era el tiempo de la creatividad, la imaginación y el uso de los sentidos. Poder disfrutar los olores a tierra mojada, a humedad, a leña prendida en cocinas de fierro, al café molido a mano en una máquina del almacén de la esquina, olor a pan recién salido del horno... olor a leche de vaca recién ordeñada en establos barrocos de Invierno, donde el ganado se vestía con vaporosos vestidos que eran arrastrados por la brisa de la mañana, como los recuerdos que ahora son arrastrados por el tiempo.

Confieso que he vivido

Escuchar los sonidos de las calles, el ritmo musical de los cascos de los caballos tirando una victoria y el conductor gritando: "¡huasca atrás!", y el chasquido violento de la huasca silbando el aire para ahuyentar a los colgados.

Yo escuché el chasquido y también sentí el látigo en mi espalda a la altura de mi aporreada marraqueta, producto de mi gran creatividad de niño que mis padres nunca entendieron, y que más tarde me sirvió tanto en mi labor como profesor de artes para desarrollar el uso de los sentidos y la imaginación en mis alumnos.

Pero a pesar de los constantes castigos, yo desarrollé mi creatividad. Como en una ocasión en que la mamá de un niño de un curso superior, hijo de un militar como yo, me regaló su bolsón viejo para reemplazar unas correas con las que yo creativamente me había hecho un sostén para mis libros y cuadernos.

Mi padre se ofendió mucho por esto y me mandó a devolverlo con mucho pesar mío, pues me había encariñado con el bolsón viejo. Pero esto tuvo su lado bueno ya que al poco tiempo después llegó un bolsón nuevo con un rico olor a cuero brillante, con grandes espacios interiores y con un lugar muy especial para mi membrillo corcho. Desde ese momento decidí recibir todos los regalos viejos que me quisieran dar, total la dignidad de mi padre no lo podría soportar.

Mi primera sala de clase...

Éramos más de ochenta de diversas condiciones. Los más encumbrados, los hijos de los papeleros y oficinistas. Los otros, hijos de militares, carabineros, obreros y, también, hijos de campesinos con yuyos en los pies, más bien zapatos "goodyear", más bien ojotas. Yo usaba bototos de milico, duros y especiales para las sangrientas pichangas multitudinarias en los recreos de mi colegio.

Allí estábamos todos atentos, ávidos por empezar el camino del aprendizaje y la formación. Entregados como la greda en las manos del alfarero para sacar las impurezas de la materia, para amalgamar espíritus para crear una linda obra de arte, una vasija de barro, para depositar los principios y enseñanzas de nuestros profesores.

Mi profesor de primer año era de carácter enérgico, de gesto adusto... nunca lo vi sonreír. Tenía una mano de goma que colgaba inerte de uno de sus costados. Nunca supimos

Confieso que he vivido

cómo perdió su mano, pero nunca la necesitó para imponer orden en una sala atiborrada de niños inquietos.

Recuerdo las primeras clases, en especial una en que un nuevo compañero se integró a nuestro ya saturado curso. Era mucho mayor que nosotros, tenía ya incipientes bigotes y era transportado en una silla de ruedas. Se transformó de inmediato en nuestro compañero preferido y disputado por todos para sacarlo a los recreos para disfrutar manejando su silla de ruedas por los pasillos del colegio, a veces, caminando y en otras, la mayoría, en locas carreras que terminaban con el conductor y el pasajero en el suelo.

Mi sala de clase de mi primer año tenía pupitres o escritorios dobles que formaban un solo cuerpo. Estaban sentados sobre una plataforma de listones que hacían de soporte para los pies y, también, para sacarse el barro de nuestros zapatos en los lluviosos días de invierno. En su centro, tenía una pequeña cavidad donde yacía un tintero de loza blanco opaco con un líquido maloliente llamado anilina, que era reemplazado periódicamente por nuestro profesor.

Sobre el escritorio, a ambos lados, una hendidura donde descansaba la infaltable lapicera de madera, haciendo yunta con la famosa pluma "2R", que nos permitía hacer bonitas letras sobre nuestro cuaderno de caligrafía alimentándose con aquella tinta maloliente. Esta pluma rudimentaria era la versión prehistórica de la lapicera "Scheffer", que me fue regalada. Era hermosa y dorada, que tuvo un trágico final al terminar de firmar unas malas calificaciones en matemática. Mi padre la lanzó al piso de madera donde quedó incrustada y muerta. No había sido hecha para las matemáticas, había sido creada para escribir poemas de amor platónico.

En cambio, el lapicero de palo era muy entretenido y me acompañó en mis fantasías escolares cuando el aburrimiento me adormecía en las clases. Tantas veces jugué con las burbujas que se formaban al batir la sucia tinta y crear ínfimas esferas multicolores al ser atravesadas por la varita mágica de la luz que se colaban por las raídas y sucias cortinas de mi sala de clases, transportándome por mundos de fantasías que sólo yo disfrutaba...

"Tata, ¿quieres jugar conmigo?"... El día envejeció con una sonrisa de niño, milagro de un día de recuerdos en mi rostro curtido ya viejo.

Confieso que he vivido







De dichos y refranes

Autor

Ojo de Águila

Comuna

Melipilla

Corrían los primeros días de septiembre de 1973, en que me desempeñaba en calidad de docente directivo en un establecimiento educacional de la ciudad de Concepción. De pronto, recibo una llamada telefónica desde Santiago, en la que un compañero, funcionario del Ministerio de Educación, con voz agitada y nerviosa me dice:

- Compañero Águila, debe poner mucha atención, porque debo ser breve: tengo información fidedigna, en el sentido de que el golpe de Estado anunciado viene en serio, con saña brutal y pronto... para los próximos días... antes del "18"... preparan el atentado civiles y militares, apoyados por el gobierno de los Estados Unidos. Por lo pronto conviene que arregle todas sus cosas, porque lo investigaran todo. Por ahora debo cortar. Espero verle más adelante, fraternalmente le saluda el Jude .

Por esos días los funcionarios docentes administrativos de todo el país habíamos sido convocados a la ciudad de Santiago donde se desarrollaría un seminario referido a las Políticas Educativas que se estaban implementando.

Confieso que he vivido

Por eso, sin pensarlo mucho, decidí viajar a la capital. Rápidamente arreglé los asuntos pendientes de la oficina y de la asignatura de Historia y Geografía, cuya responsabilidad me correspondía.

Por fin viajo en dirección a Santiago: ¡precisamente el 11 de septiembre!.

El tren venía repleto por una muchedumbre inquieta. Evidentemente el rumor se había generalizado por toda la población.

Traqueteando estrepitosamente nuestro convoy llega a Chillán a eso de las once de la mañana. A través de esas pequeñas radios a pilas, nos enteramos que el “golpe” se había producido y que estaba en pleno desarrollo. Como un torrente desbordado, los hechos de la crónica nos llegaban a borbotones: el bombardeo y el asalto a La Moneda, la muerte del Presidente, la absoluta incapacidad de la izquierda y de los gremios para defender a su gobierno... el completo triunfo de los conspiradores, etc.

De pronto una ráfaga de ametralladora interrumpió la audición que ansiosamente recibíamos: un grupo de cuatro o cinco funcionarios de ferrocarriles, se había revelado ante las órdenes perentorias que ahora impartían las nuevas autoridades. Al intentar escapar por el interior del “patio ferroviario”, éstos trabajadores fueron acibillados por la espalda, ¡ahí mismo delante de nosotros!.

Un silencio espeso inunda todo el recinto. Por tanto instantáneamente, quedamos notificados acerca de la magnitud del “golpe”. Ahí nos quedamos paralizados, sin palabras, sumidos en el más profundo estupor.

En aquel enjambre de rieles, quedaron tendidos esos primeros mártires, los funcionarios anónimos de Ferrocarriles del Estado.

Desde luego ese asesinato múltiple, como tantos otros, quedó completamente impune.

Así, todos los pasajeros del tren, comprendimos de inmediato la dimensión del odio y el encono que respaldaban ésta brutal violencia, con la que se terminaban abruptamente todas las formas republicanas y democráticas del diálogo.

Confieso que he vivido

El tráfico por tierra de las personas quedó completamente interrumpido. Se nos dijo que esto se explicaba por razones de "seguridad", por cuanto hacia el "N", esto era hacia Santiago, era zona de guerra.

Allí en un pequeño grupo de pasajeros eventuales, nos pusimos de acuerdo para financiar en conjunto el pasaje en un taxi hacia Santiago, hasta donde por fin pudimos llegar, luego de innumerables "controles" en la ruta en que nos revisaban una y otra vez, la cédula de identidad, la maleta, el maletín, en fin, todo.

Afortunadamente para mí, los uniformados desconocían la índole de los libros que traía en mi maleta. Consideremos que a partir de entonces, el tener un "pensamiento" distinto al de la autoridad, se constituyó en un delito.

Finalmente pude llegar al hogar de mis padres quienes naturalmente estaban desolados, sin noticia alguna y sin tener indicios por donde poder recabar algún dato acerca de mi suerte. Esos días fueron de por sí azarosos para todos los habitantes del país, máxime de una persona como yo, militante de un partido del gobierno derrotado. Todos sabíamos que se vendrían días muy difíciles para nosotros y para el país en general.

En esos momentos la pena y la alegría, la alegría y la pena se confundían: de una parte a congoja por el final del gobierno popular en el que habíamos cifrado tantas, tantísimas esperanzas, la muerte de nuestro líder quien llegó hasta el final con sus ideales incólumes, todo esto confundido con la indescriptible alegría por estar de nuevo bajo el alero de la casa paterna.

De partida acepté la modesta y reconfortante sopa que mi madre ofrecía todos los días a eso de las siete de la tarde. Mientras relataba atropelladamente las vicisitudes de mi viaje y saboreaba ese platillo, llama a la puerta una pareja de carabineros.

Uno de ellos me dice: -¿Es usted el señor Águila?

- Sí, efectivamente, yo soy.

- Mi Capitán en Melipilla necesita hablar con usted.

Confieso que he vivido

- Perfectamente. Vamos de inmediato.

A mis viejos les digo: -quédense tranquilos... no tengo problemas... voy y vuelvo rápido... no se preocupen-.

Los carabineros me indican una camioneta conducida por un civil, curiosamente se trataba del Pablo, uno de mis amigos del pueblo. Naturalmente él era de derecha, partidario acérrimo del "golpe".

- No te preocupes, me dijo. Se trata de un trámite rápido y sencillo. Te voy a esperar para traerte de regreso.

Una vez en la Comisaría me indican la sala de espera y que pronto me recibirá el capitán.

Pasan dos o tres horas y consulto: Mire la hora que es, ¿qué pasa que no se me atiende?

- No se preocupe por la hora, me responde el uniformado. Sepa usted que está en condición de detenido. Seguramente mi capitán le llamará mañana.

Sin más palabras fui conducido al calabozo. Luego del inconfundible ruido de metales traspongo ese pesado portón y desde luego a primera vista reconozco un buen número de amigos y compañeros venidos de distintos lugares de la provincia.

Nunca olvido el coro de risas y bromas con que fui recibido y esto era para todos los que venían llegando, palmoteos y tallas para cada uno. Tampoco pude explicarme la razón de este jolgorio, del estado de ánimo de éste grupo de hombres, sobre quienes en aquellos precisos instantes se cernía un destino absolutamente incierto.

No es que hubiera un estado generalizado inconciencia frente a lo que estaba pasando. Se trataba sin duda, del natural instinto de compartir una situación difícil, y ¿por qué no?, el intento por ocultar con el estereotipo de una sonrisa, la profunda inquietud interior que nos consumía a todos sin excepción.

Transcurrieron unos cinco días en que no sabíamos nada de nada; sólo que de pronto llegaba un nuevo detenido al que naturalmente le pedíamos noticias acerca de lo que sucedía afuera: todas ellas, noticias muy desalentadoras por cierto. En otros casos, alguno salía,

Confieso que he vivido

imaginábamos en libertad en dirección a su hogar o con destino desconocido para él y para nosotros. Algún gendarme nos advirtió disimuladamente, que se estaban estudiando todos nuestros antecedentes, los políticos, penales, familiares, etc.

En una mañana de esos días nos hacen formar, mientras un conocido profesional de la ciudad recorrió la fila con una filmadora, grabando los rostros de cada uno de nosotros. ¿Preparando un archivo fílmico tal vez?.

Luego el oficial que comandaba ordenó preparar las armas. Se nos ubicó de frente a la pared, tan sólo a unos pocos centímetros de ella. Era evidente que estábamos frente a un fusilamiento masivo, sin aviso previo y sin causal alguna, algunos compañeros lloraban invocando a Dios o a sus seres queridos.

Detrás de nosotros había un intenso ajetreo. Se escuchaba la preparación de las armas, escuchamos: -¡La camioneta déjenla ahí, nos servirá para llevarlos después!-.

A la sazón yo frisaba los cuarenta; a mi lado, el José me decía:

- Señor Águila estos "pacos" desgraciados me van a matar, apenas tengo 16, me acusan porque vendo el diario de los comunistas.
- No te preocupes Josecito, no habrá disparos.

Al lado de la pandereta en que nos encontrábamos, se escuchaba el rumor de niños que jugaban absolutamente ajenos a lo que ocurría en el patio de la comisaría.. Eran niños de la población de Carabineros precisamente.

En esa tensa espera transcurrieron algunos minutos. De pronto nos conducen al exterior y nos hacen subir a una góndola. Se había tratado simplemente de nuestro "primer" simulacro de fusilamiento, después vendrían otros.

Ese destartado carruaje nos condujo finalmente hasta la localidad de Tejas Verdes, en la Provincia de San Antonio. Allí nos esperaban los auténticos "especialistas" en interrogatorios. De partida, lo primero que nos hicieron fue aplicarnos otro, sí, otro simulacro de fusilamiento. Esta vez la angustia no fue mayor aunque de pronto, es preciso reconocer, nos asistía la duda:

Confieso que he vivido

- ¿Y si ésta vez fuera en serio?

Evidentemente, el propósito de las nuevas autoridades era imponer el terror en una población inerme y sin conducción política. Es el método más eficiente para infligir la derrota total al enemigo.

Uno de los casos que pude conocer en aquellos aciagos días se relacionó con un joven de más o menos 30, de buena presencia, vestido elegantemente, siempre, a toda hora, todos los días.. En uno de los extremos del patio se paseaba con paso nervioso, de un lado a otro y fuma que fuma. No quería conversar con ninguno de nosotros.

En un principio, pensamos que tal vez por un prurito de clases social no quería juntarse con nosotros los comunes y corrientes ciudadanos.

Al cabo de mucho insistir, logré una única oportunidad para conversar con él y me dijo:

- Mire señor. Retírese por favor, entienda que no les conviene a ustedes conversar conmigo. Por su propio bien se lo repito. ¡Retírese por favor!

Con el transcurso de los días fuimos completando el marco de la información: uno de los gendarmes nos confidenció:

- Ese joven está frito, ya lo condenaron, no se por qué todavía no lo fusilan.

Casualmente, durante "los días de visita" entre la multitud de familiares que se agolpaban en la puerta de la cárcel, mi padre y el padre de éste joven, entablaron un breve diálogo gracias al cual pude ir completando a retazos, el hilo de la historia. Por ese diálogo supimos que ese joven era de profesión ingeniero electrónico, con estudios en Europa. Pero que la causa que lo estaba comprometiendo es que fue sorprendido perifoneando en una estación de radio móvil, armada por el mismo. Naturalmente sus mensajes se referían a la necesidad de que el pueblo desconociera las nuevas autoridades, esto es, invitaba a la rebeldía frente a los militares golpistas.

Al cabo de un par de días desapareció y ya no le vimos nunca más.

Confieso que he vivido

Evidentemente su conducta nos dejó un claro mensaje: la firmeza, la tenacidad de su convicción política; la firme disposición de no cobijarse, de no buscar la protección en algún grupo, la decisión de afrontar hasta la última consecuencia, por sí solo toda la responsabilidad de sus actos.

Después de unos tres o cuatro días me correspondió enfrentarme a mi propio interrogatorio y como era la costumbre a eso de las 14:00 horas, me llevan con la vista vendada. De un empujón caigo en una especie de banco... me destapan el rostro y quedo frente a un par de potentes focos, detrás de ellos se escuchan algunas voces y el hojear de papeles.

- Oye pelota, sabís que má?, traís una acusación muy re grave, instructor de guerrillas el puta maire y en Pomaire, ¿viste que me salió verso? y desde cuándo estai en esto?
- De partida eso es absolutamente falso, ¡jamás he manipulado un arma! No tengo ninguna práctica en el manejo de esos equipos.
- Pero si son tus mismos vecinos los que te acusan.
- Esto es francamente absurdo. Llevo 16 años viviendo y trabajando en Concepción en mi condición de docente. No sería posible estar en dos partes al mismo tiempo. Sólo viajo a Pomaire con motivo de las vacaciones. Todo esto es fácilmente comprobable.

Cuchichearon entre ellos por algún rato. Así siguieron no se por cuanto tiempo, siempre dándole vueltas al mismo asunto sin que pudieran encontrar una brecha en mis respuestas, hasta que finalmente decidieron terminar con el interrogatorio.

Así pasaron unos cuantos días hasta que la autoridad decidió regresarnos a Melipilla a todos, o casi todos los oriundos de esa provincia.

De nuevo en la Comisaría prontamente fui convocado a un nuevo interrogatorio, esta vez a cargo de un fiscal ad hoc.

De entrada me dijo:

- Mire Sr. Águila, francamente no sé qué hacer con ud.

Confieso que he vivido

Mientras se rascaba la cabeza.

- La acusación en su contra es muy seria, pero francamente inverosímil.

En un avance temerario me atreví a decirle:

- Pero si es fácil para ustedes la comprobación de mi conducta en Concepción. Usted puede consultar con las autoridades de esa Región, por teléfono, por telégrafo, por radio, en fin, ustedes cuentan con todos los medios.
- Bien, bien. Veré lo que voy a hacer, puede retirarse.

No pasaron más de tres días cuando el fiscal se me acerca en el patio.

- Señor Águila le tengo buenas noticias. Ha llegado telegrama de Concepción, muy favorable para usted, así que arregle sus cositas y se presenta en mi oficina.

El fiscal me facilitó brevemente el telegrama el que decía aproximadamente: "Efectivamente Erre, militante de Izquierda, partidario de la defensa del Gobierno mediante la vía pacífica".

Finalmente pude estar de regreso en la casa familiar. Pronto se supo la noticia en el barrio y algunos vecinos empezaron a llagar a la casa para el saludo afectuoso y cariñoso. Allí fueron llegando, siempre con algo, una gallinita, huevos, carne, vino, bebidas, en fin, todo lo necesario para preparar un gran condumio.

De esta forma, con mucha gente alegre en nuestra casa terminó ese pasaje, tal vez el más amargo y triste de nuestras vidas.

Resumiendo, al revisar éstos recuerdos veo en ellos claramente diseñados las dos conductas básicas de todos los seres humanos: ahí están el bien y el mal; lo humano y lo inhumano, lo bestial y lo razonable.

Por aquellos días, la sociedad chilena quedó virtualmente dividida; muchas familias resultaron fracturadas. La sospecha se generalizó: al estrechar una mano, usted no sabía si lo hacía con un delator o con un fiel amigo.

Confieso que he vivido

Tengamos en cuenta que la delación fue estimulada por la autoridad, con una que otra prebenda.

A cada paso nos encontrábamos con casos que revelaban conductas ruines e infamantes, al mismo tiempo que en otros, se revelaron el heroísmo y la fidelidad sin límites.

¿No les parece que sería conveniente, a juzgar por lo que ocurrió en aquel tiempo y por los que sucede ahora, que nuestra sociedad, revise sus normas de conducta, eso sí, transparentemente, sin cobardías y sin rencores?.

Al final me ha quedado la siguiente reflexión: Al calificar a las personas no es conveniente generalizar; es preciso saber apreciar las diferencias, discernir serenamente.

Ni todos los vecinos son perversos y calumniadores; sino que también los hay francos, atentos y generosos. Como asimismo, ni todos los militares son feroces y despiadados asesinos, sino que también los hay razonables, inteligentes y comprensivos.

A éste propósito, ¿recuerda usted la sabiduría de los dichos y refranes populares, que desde el fondo del tiempo nos vienen diciendo:

“SIEMPRE CONVIENE SABER SEPARAR LA PAJA DEL TRIGO” o bien, aquel otro que dice “NO ES CONVENIENTE ECHAR A TODOS EN EL MISMO SACO”.







Días difíciles

Autor

Julio Irazzoky Basaure

Comuna

La Cisterna

Han citado a todos los militantes comunistas del regional San Miguel. Viene un miembro de la dirección central, el ambiente es tenso. En el local de San Joaquín con Gran Avenida se ve colmada su nave central.

La comitiva ha llegado y me toca presentarla ante un número importante de compañeros. Se acerca al micrófono nuestro secretario, compañero Waldo Pizarro. Él hace referencia a la importancia de la cuenta que traen los dirigentes de nuestro organismo superior, los cuales han dado término en esta tarde a su pleno.

Virginia González nos saluda cariñosamente y nombra algunos asistentes que son íconos de la comunidad de San Miguel. Su volumen de voz va en aumento, sus mejillas se sonrojan a medida de la información que va entregando, su brazo se levanta y el cuadro político se desarrolla ante el centenar de asistentes. La situación nos es adversa. La derecha golpista ha tomado fuerza, el ataque de las mujeres del barrio alto a la casa del General Prat se encuentra inserto en el plan que implica al ejército, pues la participación de mujeres de generales así lo demuestran, el boicot de los transportistas y comerciantes han creado un ambiente de incertidumbre en la población. Entrega más antecedentes que se han recogido de fuentes de información.

Confieso que he vivido

Fue una intervención clara, nos dijo la firme; se acercan momentos difíciles, tendremos que trabajar en condiciones muy duras. Esta vez, los aplausos fueron palmas de cortejo, se cantó la Internacional como cierre de cuenta. Waldo hace un llamado para que los comités locales programen sus cuentas en sus sedes y permanezcan atentos.

El comité regional se reúne, el secretariado nos comunica que en caso de acontecimientos significativos cada miembro de la dirección tendrá su responsabilidad a cumplir.

Los días pasan con calles sucias, la huelga de camioneros abarca hasta los transportes de basura, la locomoción colectiva es escasa. En mi familia y entorno somos todos Allendistas: mi esposa, dirigente sindical de una empresa metalúrgica, mi hija da sus primeros pasos; el barrio está dividido, el almacén abastece a los clientes de su confianza, los televisores sólo muestran imágenes contra el gobierno.

El invierno se va alejando, la brisa primaveral trae un calorcito a tono con el ambiente, al trabajo se llega con esfuerzo pero se llega. En el quehacer partidario ya tengo designado mis puestos. Desde Punta Arenas mi amigo Joel me llama, han invadido lanera Austral y un obrero ha sido asesinado. Los rumores vuelan como volantines. Otra llamada a las 12 de la noche. Arnoldo me dice que el golpe es esta noche, le confirman desde el Regimiento Tacna. Esta vez el Regional se reúne en el local de Gran Avenida con Salesianos, y de 28 llegan 12 camaradas. Waldo me llama y me dice: "hay cambio en la dirección, tú eres el secretario de organización, trabajarás con Juan Soto. Si yo me pierdo tú tomas contacto con la Dirección".

Once de la mañana: llega al local una sección de Carabineros con vestimenta de combate y fusiles sic. Waldo se presenta como secretario del territorio, lo hace con bastante calma, demostrando su educación de ingeniero. Nos sorprenden los acontecimientos, aquí estamos, ellos están aquí para informarse. Les dice por nosotros que revisen el local, yo estoy sentado sobre un tarro de aceite, me hacen parar y lo hago.

Me da la impresión que el golpe es pasajero al ver la actitud benévola del capitán quien se despide con un saludo y cara de incertidumbre.

"Ya, a sus puestos. Tú te quedas" ... viene un camión para sacar las cajas del patio. Me quedo con Rosa Isla y Vergara, de la Cuarta Avenida. Mi primera misión cumplida, ahora voy a ver

Confieso que he vivido

a mi esposa. Llego a la fábrica y no se quiere venir, dice que vienen militares del sur..."no", le digo, "vámonos, los teléfonos ya están cortados y tu mamá está sola con la niña".

Ya en casa le informo a mi compañera que tengo que ir a la Legua o más bien al sector Galo González, sector que conozco porque fui secretario de las Juventudes Comunistas durante un tiempo. Mi compañía es Iris Figueroa, regidora edilicia. Unos hechos nos hicieron desvincularnos. Tomo contacto con Graciela Correa, secretaria del partido de ese Comité Local.

Graciela, una mujer política, visionaria, me baja del espíritu combativo. Me informa que de Comandari Indumet y Plansa han traído algunos fierros y los combatientes se han marchado, entre ellos, un senador del Partido Socialista y un sobrino del Presidente.

Con Graciela quedamos de permanecer en La Legua en espera de atención; Gutierrez Mario y Conteras en el sector Industrial; Luis Duran, viejo militante del partido, queda como enlace con la Juventud. Ríos en contacto Mir-PS y Comunistas de Reinoso.

Luis Durán logró un acercamiento y calma a los jóvenes que se han calentado al fragor del lanza cohetes que dio en el bus de Carabineros. Graciela se reúne con el Comité Local en casa de Ramírez; yo atiendo a miembros del Comité Central, Inés Cornejo y Víctor Cantero. Es entonces cuando se da la orden de parar y guardar en otro lugar la mercadería del bus y la camioneta de Indumet.

A La Legua llegaban personas de todos los partidos, entre ellos varios parlamentarios los que eran sacados del radio poblacional. En espera del allanamiento los días pasan normales, los niños juegan a la pelota, los vecinos observan y, entre ellos, también los prestos a colaborar con los militares.

Me urge trasladarme de casa a la que llegaban compañeros de otros sectores preguntando por mí. Es entonces que llego al hogar de María Pérez, en calle Estrella Polar con Fau. Las ventanas de la casa están tapiadas con gruesas maderas. A una cuadra se encontraba una barricada que en parte había sido desmantelada. En la noche el olor a carne asada flotaba por el cielo de La Legua, la población había saqueado las carnicerías del sector y sus alrededores. Era una fiesta en silencio, es la gran espera.

El amanecer de noche, amanecer negro. Aviones rasantes, ruidos en estéreos, el objetivo: romper la barrera del sonido de los ronquidos de La Legua. "¡Empezaron!", me dice María.

Confieso que he vivido

Ruido de maquinaria pesada, disparos de fusileros que agazapados avanzaban hacia el interior de la cuídela. Me calzo los zapatos y coloco el vestón. Ya aclarece, unos minutos de calma sólo roto por voces de mando. Miro entre las tablas de una de las ventanas y veo a tres militares acompañando a un vecino, es el peluquero de la cuadra. Se detiene en casa de María y la marca. Sigue su camino delatando a personas de izquierda y dirigentes de organizaciones del barrio. Son uniformados con vestimenta del norte, trajes que se mimetizan con tierra del desierto y del salitre.

Con golpes de culatas tratan de abrir la puerta. María grita: "¡ya voy!, no voy a salir en pelotas. Entren, revisen"... "Buscamos a Galo González", le dice un teniente. "Aquí no hay ningún González"... "y éste, ¿quién es?", le pregunta... "Mi sobrino, es del Norte. Allá vive con mi mamá y me viene a buscar". "De dónde sois", me pregunta... "De Iquique"... "Sí huevón, vos sos González"... me sacan hacia la calle a punta de culatazos.

Me acercan a centímetros de la muralla, me hacen abrir las piernas y levantar extendidos los brazos a la altura de los hombros. A María la tenían con su hija Ruth mientras allanaban. Encuentran un lanzacohetes que habían arrojado por la muralla de Carlos Faut. En la bodega, restos de la fábrica de escopetas de los Pérez, viejas como el vino añejo. Destapan las camas, salen corriendo, "¡una clínica!"..."No veis que mi a niña le llegó la señorita... querís ver las toallas".

"Traen a dos de la Coca Cola", dice un conscripto y a un muerto, parece. Pasa un rato, me tiritan las piernas, siento una salva, muevo la cabeza ante la impresión de que los hallan muertos. Siento un fuerte golpe en mi frente que me dio con su fusil un cara pintada con ojos de loco. María sigue con sus gritos: "¡No maten a mi niño! No ven que tiene familia y una niñita que mi mamita adora". Siento un hilo como lágrima que rodea mi nariz. ¡Me van a matar aquí!. La cosa no es tan suave como yo la veía. Se acerca un oficial con un sub-oficial mayor, se habían sacado ya el casco de acero donde se ven las estrellas. Se detiene ante mí el sub oficial y pregunta: "y éste, ¿quién es?"..."Es Galo González"... "¿y por qué sangra?..."es que se quería arrancar y se pegó". Me mira, veo sus bigotes dorados. Es el Sargento Bustamante, del regimiento Carampangue de Iquique. Comandante de la Compañía de Morteros...en cuatro años las personas cambian poco. "Ándate para adentro, luego lo pasamos a buscar". Han pasado seis horas, me sentía mal, con ganas de llorar, pero estaba seco. Siento ruido de motores, me vienen a buscar. Le digo a María...me dice: "¡No!, también me tienen que llevar a mí".

Confieso que he vivido

Miro entre las tablas de la ventana. Veo un camión de barandas bajas, llevan a Gerardo, a Luis Durán, y otros que completan el camión. Dejan de pasar los vehículos. Diez horas de allanamiento, las diez horas más cortas de mi vida.

Salgo a la calle. "¡Viene un micro!", le digo a María... "¡cuidado, no vaya a venir con milicos!", me contesta ella. Es Vivaceta Matadero, es la 20. Me saco el parche de la frente, el chofer no me cobra y me dice: "voy al hospital Barros Luco"... "¡Gracias!, yo me bajo en la Gran Avenida".

"Oiga gancho, bájese en el hospital, diga que es Epiléptico y un bus lo acerca a su casa"... tiene razón, ya son las ocho y el toque era a la seis. La posta está copada, no hay personal, se los llevaron a todos. Pasé al confesionario militar. Mostré el carnet y dije que me había dado un ataque y me siento mal, el golpe en la cabeza me ayudó. Me pidieron la dirección y con quince más me trasladaron a Gran Avenida, dejándome cerca de la casa de mis suegros. Hay luz, han puesto una cortina de felpa en la ventana. Mi señora me recibe con preocupación, me dice "yo te hacía preso". Beso a mi hija y me acuerdo de María quien cuando le gritaba a los militares se acordaba de ella.

"Tenemos visita", dice mi suegra, y en eso sale Jorge Montes, senador de la República, Abrahán Muskavic, amigo de mis cuñados; Irma Valenzuela, la persona que estaba a cargo de Julieta, se acababa de ir... Sergio Ovalle, y permanecen dos muchachos que no sé cómo llegaron aquí... no los conozco.

Montes (senador llamado en bando) me pregunta cómo está la situación. Rápidamente le cuento. Me vuelve a preguntar: "¿No lo habrán seguido?"... "¡No!"... "Y de los detenidos ¿alguien lo vio?"... "¡Sí!"... "Compañero, no es bueno que se quede aquí, ¿no tiene donde irse? "Ahuevonado, a mi departamento", vamos le dije. No me contesta. La dirección me dio esta casa en caso de emergencia. Con mi señora acordamos irnos a nuestro departamento. Nos fuimos zigzagueando. Caminamos 18 cuadras y en el coche llevamos a nuestra hija, no tuvimos problemas.

Al día siguiente tomamos contacto con los vecinos. La mayoría de los hombres estaban presos, los apresaron en sus lugares de trabajo, entre ellos, nuestra amiga y vecina Lina Benitez, dirigente del Hospital Barros Luco.

Pasan los días y alguien viene a preguntar por mi suegra. "¿Para qué sería?"... "traigo un recado de su hijo que está en el estadio y nos pide que retiremos una caja que está en

Confieso que he vivido

el ropero"... "mire, mi mamita ya no esta con nosotros y mi hermano recién se acaba de ir. Le voy avisar a mi cuñada". Se fueron... venían a revisar el ropero y sólo tenemos clóset.

Jorge Montes me pide que lo traslade a otro lugar. Tengo que recurrir a la familia, hablo con mi tía Isabel que vive en Macul, me dice que bueno. Lo llevo hasta allá y le hago contacto con la Dirección Central. Me encuentro nuevamente con Inés Cornejo. Me pregunta si sé algo de Julieta, le digo que se la llevó la Irma Valenzuela, al parecer, a La Bandera.

Yo y mi esposa nos integramos a nuestros respectivos trabajos, los dos recibimos noticias que "nos buscaban", y al que me dijo eso le respondí: "aquí nos van a llevar a todos".

Se presenta la comitiva militar encabezada por el Coronel Albornoz. Nos llevan al teatro municipal y lo más destacado de su discurso fue: "Sé quiénes son ustedes. Son todos unos marxistas y les digo que nuestro gobierno va acabar hasta con los genes de este cáncer que ha arruinado la patria".

A la salida se acercan los compañeros comunistas para empezar. Uno de ellos me recomienda, "es bueno que te vayas". La operación represión se pospone por unos días. En un misterioso accidente han muerto tres empleados y un edil de derecha, quien era amigo del General Pinochet.

Me mantuve en mis funciones laborales hasta el día de Navidad, cuando figuraba junto a 28 personas más en un bando que nos calificaba de terroristas.

El partido se va articulando. Waldo, secretario, y yo orgánico. El chequeo hasta esa fecha era: ningún preso, asilados: tres, desertores: uno, el cual vive en la Villa Lenin. Lo fui a ver a su casa, en la población me conocían pues es una toma organizada por el partido. Pregunto por Luis, sale "el alto", y se veía aún más alto pues estaba sobre un escaño.

Con voz fuerte y con un palo en la mano, a grito pelado me dice: "y vos, qué vení hacer aquí comunista y la concha de tú"... "espera"... el palo sobre mi cabeza. La gente hacía rondela, entre ellos, algunos amigos míos. Se acerca Erasmo López, un muchacho de las Juventudes, estudiante de Periodismo: "qué te pasa huevón, estás loco. Si tienes miedo ándate de aquí, no ves que el compañero te viene a ver porque están preocupados porque vos sos dirigente de Madeco".

Confieso que he vivido

Regresé con pena... era un hombre a quien admiraba, encargado sindical del regional... lo habíamos perdido para siempre, pero es el único miembro de la dirección.

Nos reuníamos de a cuatro, aprendiendo normas del trabajo clandestino, los miembros de la Comisión Política del Central bajan seguido. A mí me atiende personalmente Don Américo Zorrilla, hombre buscado por financista del montado "Plan Z".

Mi primer trabajo en dictadura es instalar una pescadería. No ganaba nada pues la gente compraba en la feria, y otros esperaban el cierre para que les regalara el pescado que quedaba.

El partido está andando desde Arica a Magallanes. Ya es hora que se produzcan cambios, y mi suerte está echada: asumo la responsabilidad en el trabajo de Dirección. Conozco gente preciosa; unos que son obligados al exilio y otros detenidos hasta desaparecer. Esto es lo vivido en el inicio del trabajo clandestino.







El acordeón rojo

Autor

Hugo Mora Mella

Comuna

Estación Central

El niño lee con asombro la noticia destacada en la revista *Vea*.

- ¡Mi amigo!... ¡No puede ser! -Exclama incrédulo. Acto seguido corre donde sus padres a comunicar su hallazgo.

Efectivamente, en un recuadro la figura inconfundible de su mejor amigo. Los recuerdos lo llevan al mes de agosto del año 1942 cuando la familia se apresta a descansar.

La vetusta casona de madera recorta su oscura silueta contra el cielo gris. Conocedor del clima sureño, el dueño de casa ordena poner a buen recaudo animales y herramientas. Mas tarde la obscuridad cubre los campos y los elementos desatados compiten en singular sinfonía. Desde el vientre de las nubes espectaculares rayos, iluminan a cada instante los campos, mientras segundos después los truenos se multiplican sobre la ribera del río Bueno como trenes fantasmas. La familia toda se congrega junto al fogón, en merecido descanso tras un día agotador.

De pronto, apagada por la lluvia y el viento, se escucha la campana del portón de acceso. Los guardianes descargan su furia al intruso que osa importunar a tan deshora. Don Abe-

Confieso que he vivido

lardo acude acompañado de dos hijos; disimulando la escopeta bajo la manta. Alumbrado por ocasionales relámpagos, la figura de un hombre alto se dibuja tenuemente en la oscuridad. Es un desconocido, un hombre de gran estatura protegido por una manta de castilla y sombrero alón. Se identifica como refugiado de nacionalidad polaca. En precario español se hace entender. La lluvia y el viento continúan azotando con fuerza el paisaje.

El fogón a leña irradia calor generoso en la amplia cocina mientras el humo huye por una abertura en la pirámide del techo. Tras una reconfortante comida, el hombre de fácil sonrisa agradece a los dueños de casa. Su larga cabellera y rubia barba, llama la atención de jóvenes y niños. Cantos de su tierra natal y bellas melodías, entona por largos minutos. Fue una velada inolvidable para la familia, en especial para los más pequeños, que por vez primera conocían el instrumento. Mas tarde cuerpo y mente se someten a un reparador descanso, mientras la naturaleza hace lo suyo.

Acogido con la bondad característica de la gente de nuestros campos, no tarda en conquistar a los que se cruzaron en su camino. El pequeño Hugo, de ocho años, sintió admiración por el instrumento que el desconocido guardó celosamente.

-Algún día te enseñaré a tocarlo - le dice en su mal castellano. Los fines de semana se internan en la espesura a la caza de choroyes y torcazas y en los gualhues a preparar trampas para coipos. Pasado el período de lluvias se integra al grupo de taladores, una novedad para el extranjero.

El dueño de casa decide incorporarlo al trabajo de la lechería. Marek, que era su nombre, continúa la búsqueda de un hermano en la zona. Este familiar llegó un año antes a establecerse en Chile, huyendo de la guerra. El consulado polaco carecía de antecedentes sobre el inmigrante, por lo que decidió recorrer el país de norte a sur. La permanencia del extranjero dejaría huellas indelebles. Amigo de los niños, a los que relata historias y cuentos de reyes, princesas y brujas en su poco entendible español. Además de interesantes aventuras personales antes de la invasión alemana a Polonia.

-En mi país a mi gustarme lecherría y gustar yeche - decía entusiasmado "Comeyeche". Con este cariñoso apelativo fue bautizado por los niños, que gozaban con su forma típica de hablar. - A mí gustar mucho yeche con harrina tostâ - aseguraba en su champurreado español, al gustar leche con harina tostada.

Confieso que he vivido

Observando la inmensidad de la selva inexplorada, exclamó muchas veces: - ¡Qué pena muchacho, algún día esta belleza verde desaparecerá y se convertirá en tierras áridas!- Había tristeza en sus ojos azules. El niño le escuchaba sin dimensionar las proféticas palabras del hombre.

El extranjero de treinta y ocho años y el niño de ocho, consolidaron una férrea amistad. Durante un almuerzo dominical los mocetones trajeron la noticia.

- Carabineros patrullan los fundos-, dijo el mayor de los hermanos. -No se habla otra cosa en el pueblo-.
- Buscarán algún cuatrero- acotó el dueño de casa.
- El que nada hace, nada teme- sentenció la dueña de casa, doña Doraliza. Fue la única que notó cierta palidez en el rostro del extranjero.
- ¿Desea una agüita de menta?-.
- ¡No, no!- contestó presuroso, sin agregar más comentario.

Durante la cena reinó la alegría como en otras oportunidades. Cánticos compartidos amenizados lógicamente por el acordeón rojo. El ambiente festivo fue quebrado por ciertos momentos de silencio, que todos respetaron. Minutos después, se despide de la familia en pleno, como era habitual.

- ¡Hasta mañana Comeyeche!-.
- ¡Hasta mañana muchachos!-.

Fuera del rancho, el gigantón a la altura del niño, le toma el rostro diciéndole: "muchas veces la verdad de ciertos hechos tarda en descubrirse. No es aquella que todos pregonan con falsos juicios. Ama a tus padres y hermanos. Pero, en primer lugar... a Dios. Sé un buen niño. Pronto irás a la escuela y estoy seguro que serás un excelente alumno. Pase lo que pase siempre seré tu amigo y te recordaré". El muchachito a la débil luz de la luna, observó que su amigo enjugó algunas lágrimas disimuladamente. Quiso responder, mas no supo qué decir.

Confieso que he vivido

- ¡Bueno, a dormir! ¡Qué mañana es otro día! -Le aconsejó despeinándolo cariñosamente.

El niño se durmió sin entender las palabras ni la emoción del forastero al despedirse. A la jornada siguiente aclararía sus dudas al momento de salir a rodear las vacas para la ordeña. El mañana se convirtió en hoy. El canto tempranero de las aves anunció un día esplendoroso. Hugo, como de costumbre pasó al cuarto de Comeyeche. No estaba. Bajó a los patios, lo buscó en los corrales. Preguntó a todo el mundo, nadie lo había visto. Regresó a la alcoba de su "amigo" con una corazonada. Allí estaba, un rayo de sol le daba de lleno, sobre él, un pequeño papel que su madre leyó: "Para mi amigo Hugo".

Su padre con la revista en las manos, cavilaba sobre la publicación. Hugo incansablemente repetía una y otra vez: -¡El Comeyeche! ¡Es él, es él, estoy seguro!-.

Su padre lee en voz alta: -"Se busca por homicidio"- y bajo la fotografía en blanco y negro: "desde Valdivia al sur."

- Sí, es él- afirmó el padre, sin querer dar mayor importancia al asunto, guardando la revista.

La madre, por su parte, consoló al afligido muchachito explicando que podría tratarse de un lamentable error.

- ¡Hugo...Hugo...!- se escucha desde el exterior. ¡Vamos a jugar en los charcos!. De inmediato el niño corre a reunirse con sus amigos. Un sol radiante se refleja en los espejos, que la lluvia dejó en los campos.

Confieso que he vivido







El asado

Autora

Corina Azócar Devaud

Comuna

Pedro Aguirre Cerda

Aquel otoño de 1976 se presentaba con mucho viento.

Faltaban algunas cuadras para que el bus pasara frente a la escuela del sector de "Huamachuco 2".

Entre los pasajeros venía una profesora que observaba desde la ventana como la ventolera aumentaba a cada instante, sacudiendo los árboles, haciendo volar hojas, basuras y papeles diseminadas por el suelo.

De pronto observó a un grupo de niños alrededor de una fogata, cerca de un basural. Como era temprano para la jornada de la tarde, decidió bajarse del vehículo para hablar con ellos y advertirles del riesgo del fuego con tanto viento.

Al verla llegar los muchachos asustados y llenos de desconfianza, le preguntaron:

-Y... ¿Quién e' usté?-.

-¡E' la señorita e' la Yané!- contestó uno de ellos. -¡Pero no é na enojona!-.

Confieso que he vivido

- ¡Hola chicos! - saludó la recién llegada-. Ellos permanecieron callados, a la expectativa.
- ¿No han pensado que pueden provocar un incendio? -advirtió sonriendo ella.
- Y... ¿Cómo quiere que hagamo' el asao, entonces'? -preguntaron en coro los niños.

Ella insistió con otra pregunta, mientras observaba la carne que chirriaba sobre el fuego, ensartada en fierro con costras de asados anteriores; apoyados en sus extremos en dos horquillas, hechas con ramas gruesas y enterradas en el suelo.

- ¿Por qué no lo hacen en una casa, mejor?
- ¡Si no hay ná de gente en la casa, poh! -contestaron algunos algo enojados.
- Entonces deberían dejarles la comida hecha -expresó la visita.

Uno paliducho informó en un susurro:

- ¡Noo... señorita! -¡Después del "gorpe", no llegó nunca más mi apá! -Ahora mi "amá" sale a uscar pega... A veces, llega al otro día... y bien curá..., se pone a llorar... tira too lejo... y lo saca la cresta a charchazo. E' ma' mejol cuando no llega... y así nadie lo' pega... Chí... Pero aquí sí que lo pasamo' cachito' pa' la luna ¡con lo'amigo' que "tamién" tan solo!... -agregó con una mueca que quiso ser una sonrisa socarrona...
- Y... ¿Cómo consiguen los asados? -indagó la maestra.
- ¡Losotro' sabimo' como, puh! -fue la respuesta unánime.

Ella continuó:

- ¿No les tienen miedo a tantos perros que merodean por aquí? ¡Están vacunando contra la Rabia, que es una enfermedad muy peligrosa!
- ¡Le' damo' lo' huesito'.... son amigo de losotro! -informó un pequeño fogonero. Y yo escuché al vecino de mi agüelita cuando le contaba que él estaba aguaitando unos bultos que se bián atascao a la orilla del Mapocho... y eran harto finao... que lo perro les

Confieso que he vivido

taban comiendo la conneta... y toa la tripa... y lo hacían peazo onde se lo peliaban... y díaí se acostumbraron a comer carne é cristiano... y él dice que no e' na verdá que anda la rabia en loperro...

La profesora se quedó pensando y recordó a aquella alumna que fueron a matricular, porque ella atendía casos con dificultades de aprendizaje.

- ¡Por favor, no le diga a nadie lo que le voy a contar, señorita!- rogó angustiada la madre.
- Hable con confianza no más señora, todos los datos ayudan a solucionar el problema.

La mamá empezó su relato con voz entrecortada:

- Como mi marido no llegó después del "once", lo empezamos a buscar donde los parientes, sin ningún resultado. Entonces fuimos al cordón industrial acompañadas de mi hermano... nos costó dar con él... pero por datos de la gente... por fin... ¡lo encontramos!... -sollozó-... ¡todo quemado!... ¡hecho chicharrón!... de la cintura para abajo! -Desde ese momento, la niña que era su regalona y lo vio en ese estado... dejó de hablar.
- Queda matriculada señora. Haré lo posible por ayudarla- respondió la maestra pensando en ubicar un médico apropiado en el Hogar de Cristo, ya que la iglesia Católica prestaba colaboración a las víctimas de la dictadura. Le confeccionó una conejita que le entregó al día siguiente a la cual la niña se aferró sin que apareciera una leve sonrisa en su rostro, con expresión ausente.

Al final de la semana su madre la vino a retirar porque un médico que le recomendaron en la parroquia le aconsejó que se fuera al campo con sus dos hijitas para evitar riesgos, y para que la niña cambiara de ambiente.

- ¿Qué le pasa señorita?- preguntó una integrante del grupo de la fogata que la estaba observando.
- ¡No... nada!...- contestó la profesora y dirigiéndose al grupo les deseó mientras se alejaba:
- ¡Que les quede bueno el asado chiquillos!. Agregando: -¡Mañana les traeré algo rico!-

Confieso que he vivido

- ¡Chao... -contestaron todos en coro los muchachos... ¡mañana venga de nuevo!

La niña que la estuvo observando, la siguió y le comentó:

- La Yané dice que uste no e na' mala... que no e na sapa!

- ¿Quieres ir conmigo a la escuela? -le dijo la maestra.

- ¡No... después... porque tengo que comer asao! Yo le quiero contar una cosa, pero que no me oigan na' lo' amigo! En la tarde me voy donde la señora Chana, porque el otro día un gallo me quiso dar un agarrón y ella me defendió y llamó a lo paco... e regüena! ¿Le cuento otra cosa? Harta vece lo hemo comió perro asado, e que tenimo hambre, pu-, y agregó alejándose: -¡Chao señorita... chao!

La profesora caminó a la escuela, exclamaba angustiada: -¡Dios mío, ¿qué mundo están conociendo los niños!? Preguntándose además: ¿Acaso la "Copia feliz del Edén" será alguna vez patrimonio disfrutado por todos?

Confieso que he vivido







La importancia de ser canoso

Autor

Guillermo Torres Ganoa

Comuna

Ñuñoa

De niño, me impresionaba mucho que mi padre tuviese una límpida cabellera blanca. La lucía con orgullo. Era parte de sus rasgos e identidad.

Me imaginaba que su color provenía de la Cordillera de los Andes, cuando en pleno invierno el nevado lucía blanquísimo su complicidad con las gélidas temperaturas de Santiago.

Recuerdo que en una ocasión me sorprendió que él llegara a casa con un color distinto en sus cabellos.

- Sorpresa, sorpresa-, dijo cuando cruzó el umbral de la puerta con un color indefinido en su pelo.

Podría ser café, cobrizo. Entonces las tinturas no lograban la casi autenticidad de hoy. Pero con mis diez años de edad no era mucho lo que podía comprender de ese gesto tan especial de mi padre.

Algunos meses después lo sabría.

Confieso que he vivido

Mi madre y mi hermana mayor habían dilucidado la repentina e inesperada desaparición de las canas de mi padre.

En los bolsillos de una de sus chaquetas habían encontrado el misterioso motivo del teñido.

- Para René, con todo el amor que se anida en mi corazón-, decía la dedicatoria de la foto de una señora muy guapa. Más joven que mi madre. Resultaba obvio, no?.

Mi padre era detective, pero mejores investigadoras que él resultaron las dos Luisas que más han estado en mi vida: mi madre y mi hermana mayor.

Ambas dieron con la mujer que había llevado a mi padre a convertirse en infiel. Ella vivía en un pueblo tierra adentro de la Quinta Región y, según supe tiempo después, debió ser atendida en la Cruz Roja por las especiales caricias que recibió por obra y gracia de mis iracundas Luisas.

Durante largos años me ha acompañado la escena de ese entonces de mi padre, cuando sus cabellos habían cambiado de color.

Cada vez que en la calle, o en cualquier lugar, veía a algún hombre con sus cabellera teñida, -o como está tan de moda hoy, con las cejas ennegrecidas por las tinturas-, la memoria visual me instala en aquel episodio familiar que abriría el espacio para muchas disputas entre mi madre y mi padre. Aunque mi progenitor, tras el colorido incidente, ya casi no sacó más el habla y mi madre conquistó "por la razón y la fuerza" un liderazgo familiar irrefutable.

Pasó el tiempo y antes de que yo cumpliera los 40 años de edad, mis sienes comenzaron a llenarse de blanco y, lentamente, me convertí en un señor canoso.

Toda mi cabellera y mis bigotes pasaron a ser blancos y, con ellos, a tener distinto trato en la calle, en los negocios a los que entraba para comprar algún producto, o en los medios de transporte.

Más de algún imprudente me llevó a sentir esa frase tan discriminadora: -ah, viejo... deja pasar.

En cambio, otras veces, cuando viajaba en las nostálgicas "micros amarillas", un joven gentil expresaba otra faceta de la cultura ciudadana:

- señor, por favor, tome asiento.

Confieso que he vivido

Debo reconocer que esta actitud positiva me incomodaba, me provocaba cierta molestia:

- ¿Tan viejo parezco, que hasta el asiento me ofrecen?-. Era mi propio comentario, reacio a reconocer las evidencias del paso de los años y del color de mi cabello.

En 2008, gracias a la beca de reparación surgida de la Comisión Valech, me inscribí para estudiar psicología, con el apoyo total de mi esposa y de mis hijos.

El primer día de clases, con el nerviosismo y la ansiedad de retornar tanto tiempo después a las aulas (con la disciplina adquirida en mi exilio en Alemania, de ser siempre el primero en llegar), me senté en segunda fila -como todo "buen chileno"- y una joven sonriente, muy alegre, chispeante, se me acerca algunos minutos después:

- Que bien, también el profesor llega a la hora. Mucho gusto, soy Claudia.
- El gusto es mío, Claudia, pero no soy el profesor. Soy Guillermo, tan alumno como usted.

En todos esos años de estudiante, siempre fui el de mayor edad. Nadie me quitó tan altísimo honor.

Ya titulado, con el cartón en la mano y cumplidas las formalidades para ejercer mi nueva profesión, aquilaté otras conveniencias de mis canas. Más allá de que, un par de veces, alguna chica casamentera fantaseó y me confundió con Antonio Vodanovic.

A mi primer paciente, le brindé una acogida muy cálida, afectuosa. Para darle confianza y afrontar con éxito su problema. Así nos lo habían enseñado nuestros profesores, entre ellos mi profesora guía de la tesis de titulación.

- Gracias, me decía don Roberto-, consultante de más de 65 años de edad. -Por fin encuentro un psicólogo de trayectoria, con "años de circo".

Pero no podía defraudarlo.

Tampoco a mi nieta Elisa, de 7 años de edad, quien con singular orgullo de tener un abuelo ingenioso, le comentó a una de sus amiguitas:

- Mi tata todos los días se echa talco en el pelo.





Sabotaje

Autor

Renato Gómez Vignes

Comuna

Ñuñoa

Cuando nuestra vida se prolonga más de lo presupuestado, cuando llegamos a vivir varios años más que los que imaginábamos serían los de nuestra existencia sobre el planeta, cuando contamos con más años de experiencia que los que suponíamos llegar a tener durante nuestra infancia y juventud y cuando a causa de estas mismas circunstancias nuestra memoria se ha vuelto frágil y traicionera, es cada día más difícil para mí encontrar el hecho de mi vida que merezca ser recordado y dado a conocer a los desconocidos que no me conocieron, a fin de despertar algo de su sano interés. Y digo esto último, porque, evidentemente, en este relato autobiográfico no voy a recapitular ninguna de mis malas acciones, que fueron más de las que yo hubiera querido, sino aquello por lo que merezca ser recordado con simpatía y tal vez algo de cariño.

Confesaré que he vivido, pues, a través de una curiosa experiencia que me tocó pasar a la edad de mis ya maduros cuarenta y dos años.

Como antecedente debo decir que en 1952 se había creado en Santiago el Consejo Chino para el Fomento del Comercio Internacional (CChFCI), una organización popular a nivel nacional para la cooperación económica y el comercio con el exterior, integrado por

Confieso que he vivido

personalidades, empresas y grupos representativos del sector económico y comercial; cosa que yo ignoraba.

Lo que voy a relatar sucedió en la segunda mitad del mes de septiembre del año 1970, cuando llevaba yo trece años titulado de arquitecto en la Universidad de Chile y estaba trabajando en mi oficina particular, ubicada en el 8º piso del edificio del Banco Español-Chile, siendo nada más ni nada menos que un ciudadano común sin grandes relaciones sociales, ni diplomáticas, ni políticas, ni comerciales.

Entre la correspondencia que me llegaba con cierta frecuencia recibí un día un colorido sobre que, luego de abrirlo, comprobé que en su interior contenía una tarjeta muy elegante, con algunos símbolos chinos, en la que se me invitaba, junto a mi esposa, a una recepción en el Consejo Chino para el Fomento del Comercio Internacional en Chile, la que tendría lugar el 30 de septiembre. Lamentablemente no conservo esta tarjeta por las razones que pasaré a explicar más adelante.

La referida invitación, en la que se indicaba además la dirección de la institución, llevaba estampado al final de su texto, como es habitual en los documentos diplomáticos y en los de la "alta sociedad", las letras "r.s.v.p." (*s'il vous plaît répondre*)¹ y un número telefónico.

Quedé gratamente sorprendido, pero bastante intrigado, al recibir tal invitación, puesto que nunca me había codeado con los círculos comerciales o diplomáticos y solamente desarrollé mi profesión en forma privada y sin ninguna relación internacional, con el agravante, para dar mayor realce a lo extraño de esta misiva, que siempre he sido anti-comunista, a pesar de haber tenido buenos amigos que sí lo eran. Pero lo que más llamó poderosamente mi atención fue el hecho de que, curiosamente, el número de teléfono estaba tarjado con una línea de tinta, como dando a entender que no se respondiera a esta misiva.

Pasaron dos o tres días, al cabo de los cuales, con el fin de aclarar el origen de esta curiosa invitación que se me hacía, decidí llamar al teléfono tachado y conocer las razones que habían tenido para invitarme a esta recepción, que tendría lugar a las 21:00 horas, del día señalado. Me atendió una secretaria indudablemente chilena quien, luego de explicarle el motivo de mi llamada, me pidió que le diera mi nombre y me dijo:

1 En francés: Responda por favor.

Confieso que he vivido

- Un momento, por favor.

Al cabo de algunos minutos y, mostrando sorpresa, me explicó que, extrañamente, mi nombre no figuraba en la lista de las personas invitadas. Ante mi insistencia por conocer la razón de haberseme enviado esta invitación, me hizo esperar un largo rato hasta ser atendido finalmente por un señor con acento oriental, quien, ratificándome el hecho de que yo no era uno de los invitados, luego de hacerme algunas preguntas sobre mi edad, mis actividades y mis relaciones, si trabajaba en el gobierno, si era diplomático, si era parlamentario, o cualquiera de esas personas que ganan dinero fácil y, ante mi respuesta negativa y mi lógica reacción de decirle que en ese caso no iría a la fiesta, me contestó que debía hacerle el favor de asistir de todos modos, a lo que accedí con mucho gusto puesto que nunca he llegado al fanatismo. Finalmente me pidió que le diera la dirección de mi oficina -de la que tomó debida nota- para enviarme una nueva invitación.

Habiendo transcurrido unos cinco días, aproximadamente, ya a fines del mes de septiembre, se presentó una mañana en mi oficina un ciudadano chileno de mediana edad, con aspecto de chino a causa de una larga y angosta barba que salía de la parte inferior de su rostro, al estilo de Lao-Tse o Confucio. Esta persona, cuyo nombre no recuerdo, se me presentó como presidente del Instituto Chileno-Chino de Cultura de Santiago, indicándome que venía a conversar conmigo por encargo personal de un señor llamado Lin Ping, representante comercial del Consejo Chino para el Fomento del Comercio Internacional en Chile, que era la única representación de tipo diplomático que tenía en ese momento la República Popular de China comunista ante nuestro gobierno, de cuya existencia yo no tenía conocimiento.

Me expresó con muy sentidas palabras la gratitud que tenían hacia mi persona el señor Lin Ping y demás miembros del Consejo, pues gracias a mi llamada telefónica se había descubierto una falsificación masiva de invitaciones, las que se habían enviado probablemente a profesionales que figuraban en la guía de teléfonos, con el fin malicioso de sabotear y hacer fracasar la recepción. Más tarde pude comprobar que, efectivamente, este fue el método de selección de "invitados" que habrían usado los falsificadores para su infantil sabotaje.

Mayor aún era su gratitud en razón al hecho de que, faltando ya sólo cuatro días para el evento, nadie más que yo había llamado por teléfono para averiguar por qué extraña razón se le invitaba a dicha reunión reservada, evidentemente, para personas del ambiente

Confieso que he vivido

diplomático, comercial y político. A los orientales no les cabe en la mente la posibilidad de que un ciudadano, cualquiera sea su estrato social, cultural, político o religioso asista a una fiesta a la que se le invita, sin conocer al anfitrión y suponer, por lo tanto, que hay un error.

Pero algunos chilenos suelen ser, como veremos más adelante, diferentes...

Resumiendo la prolongada conversación con el también agradecido presidente del Instituto Chileno Chino, debo decir que entre ambos no logramos encontrar una explicación satisfactoria a este pintoresco suceso y sólo nos pudimos limitar a suponer que este plan de sabotaje había sido ideado y llevado a cabo por un grupo de inmaduros miembros de algún partido de la derecha para hacer colapsar la reunión con el ingreso de cientos de personas no invitadas, pues las falsificaciones estaban tan bien hechas, según me explicó, que sólo se diferenciaban por el teléfono tachado.

En vista de este percance se habían visto en la necesidad de imprimir nuevas invitaciones y enviarlas a todos sus invitados, para evitar errores.

Me entregó la nueva invitación que, si mal no recuerdo, era bastante diferente a la anterior y me reiteró la petición personal del señor Lin Ping de que asistiera a la recepción con mi esposa, puesto que quería agradecerme personalmente mi "honesta actuación", o algo así. Yo, a mi vez, le entregué y se llevó la invitación falsificada, razón por la cual no la conservo.

Llegó finalmente el día sábado de la recepción, y me presenté, a las nueve de la noche, acompañado de una querida amiga, -pues estaba separado de mi mujer hacía un tiempo- en la lujosa residencia ubicada en la comuna de Las Condes, si mal no recuerdo. Presenté mi invitación y se me hizo pasar a un enorme salón gloriosamente iluminado, donde ya se encontraban bastantes personas, todos muy elegantes, especialmente las damas, muchas de traje largo y cubiertas de joyas. Realmente se trataba de una fiesta de gala, pero sin etiqueta, pues los hombres estaban solamente de terno y corbata.

El primero que se me acercó -al parecer me estaba esperando- fue el presidente del Instituto Chileno Chino de Cultura, a quien presenté a mi acompañante y me condujo de inmediato a presencia del señor Lin Ping, que estaba de pie en el enorme salón, junto a otros dos miembros del Consejo Chino para el Fomento del Comercio Internacional, dando la bienvenida a los invitados.

Confieso que he vivido

Lin Ping no hablaba castellano, de modo que nos entendimos a través de uno de sus acompañantes que sirvió de intérprete y nos dirigimos, entre reverencias van y reverencias vienen, las correspondientes palabras de gratitud y modestia que para estos casos corresponden: él exaltando el valor de mi gesto “único” al haber permitido que se detectara la falsificación de invitaciones y yo, haciendo ver que solamente había cumplido con mi deber y con los dictados de mi conciencia.

Con el fin de perpetuar el momento, nos tomaron una fotografía para la que me hicieron colocarme junto al señor Lin Ping, ambos flanqueados por dos de sus colaboradores más cercanos.

El cóctel que se nos brindó a continuación era digno de reyes: exquisitos manjares, tanto salados como dulces, servidos en finísima vajilla artísticamente decorada y sabrosos licores en reluciente cristalería. El mobiliario, las cortinas, las lámparas y las alfombras, así como las decoraciones y cuadros de los muros, nos daban la impresión de estar en salones de la China Imperial, tan odiada y vilipendiada por el nuevo régimen comunista. Bellas y dulces melodías orientales que se escuchaban a través de parlantes servían como relajante marco musical en ese ambiente indescriptiblemente mágico que por azar se nos permitió conocer y compartir.

Confieso que he vivido allí, junto a mi acompañante, uno de los momentos más exultantes de mi vida, inmersos ambos en un ambiente para nosotros desconocido, lejano y ajeno, siendo yo, en cierto modo, protagonista de esa memorable reunión, ya que los anfitriones hicieron énfasis ante los presentes del rol que yo había desempeñado en el descubrimiento del intento de sabotaje, por lo que recibí calurosos aplausos y felicitaciones. Especialmente destacaban el hecho, para ellos inconcebible, de que fui la única persona (posiblemente entre cientos) que tuvo la buena idea de llamar por teléfono -a pesar del tachado- y permitirles evitar un desastre en su actividad social.

Disfrutando de esa excelente mesa, ricamente ornamentada y abundantemente servida, junto a mi compañera, de pronto vi que se acercaban a mi dos personas conocidas; con su habitual desplante y cierto cinismo estaba allí mi ex compañero del coro de la Universidad de Chile, Manuel Camus, -quien, a pesar de ser mayor que yo, todavía no maduraba lo suficiente- acompañado de su encantadora esposa.

Confieso que he vivido

Luego de mi sorprendido saludo le pregunté qué relación tenían ellos con los chinos, que pudiera dar lugar a ser invitados a una fiesta tan selecta, pues según ya había podido apreciar había allí diplomáticos, senadores, diputados y ministros de estado. Me respondió que había recibido la misma invitación que a mi me habían enviado (la cual seguramente consideró merecida, si tenemos en cuenta su elevada autoestima), y junto a su esposa habían decidido asistir, pues "les encantaban estas fiestas"; me refirió luego que al presentarla en la puerta y enterarse de que no era válida y que por lo tanto no podrían ingresar, rogaron, tanto él como su mujer, que les permitieran asistir pues eran grandes admiradores de la cultura china, y lo hicieron seguramente con tal majadería, especialmente ella, que el recepcionista no tuvo más alternativa que pedir autorización para dejarlos asistir a la velada, lo que les fue concedido por los anfitriones.

Creo no equivocarme al asegurar que ellos dos fueron los únicos "convidados de piedra" presentes en esa ocasión, pues en ningún momento, ni al comienzo ni al instante de retirarnos con mi compañera, cosa que hicimos a eso de las doce de la noche, se notó algo como congestión dentro del recinto diplomático, que era, evidentemente, lo que buscaban provocar los autores de la falsificación.

Esta presencia, en la recepción, me confirmó la suposición planteada más arriba de que las invitaciones falsas se habrían enviado siguiendo el listado de profesionales de la guía telefónica, ya que mi inefable amigo Manuel se hacía figurar en ella como arquitecto en la misma sección en que aparecía mi nombre, en circunstancias que era constructor civil (con algún tipo de complejo), según me había dicho.

Pasaron algunos días, tras los cuales recibí una carta del señor Lin Ping en la que me enviaba, junto con su tarjeta de visita, la fotografía que nos habían tomado al comienzo de la recepción, la que aún conservo, aunque un poco deteriorada a causa de un incendio.

El 15 de diciembre de 1970, dos meses y medio después de los hechos que he relatado, la República Popular China y la República de Chile establecieron relaciones diplomáticas, designando el primer país como embajador al señor Lin Ping.

Chile fue el primer país de América del Sur en entablar este tipo de relaciones con la República Popular China, durante el gobierno del Presidente Salvador Allende.

Confieso que he vivido





Confieso que he vivido



Sueño

Autor

Leonardo Alejandro Mena Ríos

Comuna

Pedro Aguirre Cerda

Interrumpiste mi sueño.

Eras toda luz,
una mixtura de belleza,
tu vestido largo,
tu cálida sonrisa,
tus movimientos gráciles,
tu sutil elegancia,
tu cuello señorial,
solemne,
erguido hacia el infinito.

Luego,
como mensaje bíblico
diste una señal,
iluminando la madrugada,
alumbrando rincones
de mi oscura habitación.

Confieso que he vivido

Eras magia
haciendo lo irreal, real,
develando tu ser
en ademanes perfectos,
en sinfonía de colores
de un esfumar desconocido.

Viniste de la nada
me visitaste y volaste
como relámpago cósmico
¿Pero qué importa aquello?
si eso bastó para llenar mi vida,
para darle sentido
¿Por qué no he de urdimbre con la tuya?,
¿quién lo sabe?.

Tus instantes no contradicen la realidad,
son la realidad misma
aunque los oculte el misterio
y sean para mí un jardín desconocido.

Anhelo conocer ese jardín,
sentir placer de las flores que lo adornan,
de sus formas y colores,
de su aire perfumado.

Es difícil lo sé,
pero presiento
que en esa verdad eres la reina,
noble, majestuosa,
como lo fuiste en vida.







Una misa campesina

Autor

Luda Stuardo Hormazábal

Comuna

Macul

Noviembre de 1954.

En el pequeño lugar de Los Álamos, la misa dominical era todo un acontecimiento.

Además de los feligreses del pueblo, iban los huasos a caballo de los fundos aledaños, con sus trajes típicos: sombrero, manta y espuelas. Se quedaban en la parte de atrás de la iglesia, con sus sombreros en la mano.

Cuando las campanas, sonaron por segunda vez, anunciando la misa, fui a amarrar a mi perro Black, para que no me siguiera.

La mayoría de la gente se vertía con sus mejores trajes para lucirlos en esa oportunidad, en realidad era un evento social, ya que fuera de celebrar santos famosos, como San Luis, San Juan y otros, no había muchas ocasiones de reunirse con los amigos.

Yo lucía una blusa blanca, una falda plato azul, con falso almidonado y calzaba unas balerinas del mismo color de la blusa. En mis manos el misal y la mantilla para cubrir mi cabeza. La mantilla o el velo era obligatorio entrar a misa.

Confieso que he vivido

Quería verme bonita pues sabía que el chico de mis sueños estaría ahí.

Cuando entré, la iglesia estaba repleta. Me senté en la última banca junto a mis amigas que lucían muy regladas.

En mitad de la ceremonia, Cecilia me dijo al oído:

- Acaba de entrar tu perro.
- ¡No puede ser, si lo dejé amarrado!
- Te está buscando- dijo Cecilia.

En eso Black se acomodó debajo de mi asiento. Se quedó tranquilo y lo dejé estar.

Al finalizar la misa, después de la bendición, el sacerdote dijo:

- Como es el Mes de María, le cantaremos a nuestra Madre.

Nos pusimos de pie, empezaron los primeros acordes de órgano y la voz aguda de una de las integrantes del coro, empezó a cantar: "Venid y vamos todos, con flores a María..."

Se levantó Black y se sentó en el pasillo central, mirando hacia arriba y empezó a aullar lastimeramente:

- Auu... auuuuu...

Antes que el señor cura reaccionara, tomé al perro del collar y lo arrastré hacia afuera, atravesando la barrera de la vergüenza, roja como un disco "Pare", pero alcancé a escuchar al párroco declarar:

- Se ruega a los feligreses, no traer a sus mascotas a misa, menos perros cantores.

Confieso que he vivido







Volviendo a sonreír

Autora

María del Carmen Herrera Adasme

Comuna

Talagante

La consulta médica está completa, frente a mí hay muchas personas y cada una de ellas trata de evadir o ignorar al que está sentado a su lado, ya sea escondiéndose tras de una revista antigua o con los audífonos enterrados en las orejas, otros enviando mensajes a través de un teléfono moderno, y en fin todos están muy preocupados de esos menesteres sin pensar siquiera que existo. De pronto arranco una fuerte toz para llamar la atención de alguno, pero no consigo nada. La situación me incomoda un poco, pero vuelvo a tomar mi lugar en el asiento, haciendo creer a los demás que tampoco me interesan mucho.

De pronto por el altoparlante una voz firme, pero agradable nos invita a poner atención a la lista de pacientes que serán notificados solo una vez, poco a poco las personas comienzan a levantarse y caminan por un pasillo hasta perderlos de vista al cerrarse la puerta de la consulta. Mentalmente chequeo mis análisis y creo que no falta ninguno, me preocupé de que así sea desde muy temprano, e incluso antes de llegar al lugar de atención. Al fin es mi turno, me han llamado y voy rápidamente hacia allá, tocando suavemente la puerta ya estoy dentro, el galeno sin levantar la vista me saluda y me insta a sentarme, lo observo, es un hombre relativamente joven y de rasgos muy marcados, el delantal blanco hace que resalte su color de piel, amablemente me solicita quitarme la chaqueta y comienza

Confieso que he vivido

a auscultarme, mientras yo pienso, ojalá todo esté bien. Me hace algunas preguntas a cerca de la vida diaria, si es que acaso olvido algunas cosas o si me confundo con otras, para lo cual mi respuesta es positiva, ya que, algunas veces, me sucede pero no le doy mucha importancia, a mi edad creo que es normal.

Sin emitir comentario alguno el continúa escribiendo, me pregunta a cerca de mi familia, y yo le digo claramente que tengo una muy especial, que siempre están ocupados, que cada vez que llegan a casa ante sus ojos no existo, que cada uno vive en mundos diferentes, y a pesar de que me preocupo por ellos, no lo notan. El doctor sonrío y amablemente me hace un gesto de despedida y al mismo tiempo me recomienda regresar en una semana más para analizar mi evolución y en consecuencia el tratamiento a seguir.

Estoy de regreso a mi casa cuando ya ha caído la noche, mientras conduzco mi viejo auto, el cual adquiriré con gran emoción al obtener mi primer sueldo de maestra, voy pensando en cómo explicaré a mi familia cuándo pregunten por mi salud, creo que les diré que me fue excelente, pero que debo cuidarme en cuánto a mi alimentación y que debo realizar unos ejercicios para la memoria. Me estaciono frente a mi hogar buscando mis llaves para abrir, pero no las encuentro y en esta ocasión no logro recordar donde las dejé, apenas espero unos minutos a que alguien llegue para poder entrar, cuando de pronto escucho el motor de un vehículo que se está estacionando aladaño al mío, pero me escondo para observar quien es, no digo nada y sólo guardo silencio con mi cabeza inclinada esperando la reprimenda de ellos, pero esta vez nadie. Dijo nada, entramos como cualquier día sin importarles lo cansada que estaba y al igual que siempre me senté junto a ellos a cenar tratando de entablar un diálogo que me permitiera comentar mi visita al médico y nadie aún me preguntaba nada, entonces traje el postre muy animada pensando en que se alegrarían y al fin podría romper el hielo de nuestra convivencia, pero nada de eso ocurrió, se levantaron de la mesa despidiéndose y luego dirigiéndose cada uno a su alcoba.

Sola en el comedor de mi hogar apagué la luz y retrocedí en mi mente muchos años atrás, me estaba viendo joven, llena de vida yendo a mi trabajo, aquel trabajo que amaba mucho, muy temprano llegaba a la humilde escuelita del lugar donde mis amados niños me esperaban todos los días con sus caritas sonrientes ávidos de curiosidad por averiguar que traía en mi bolso, como casi todos los días les repartía caramelos y todos saltaban de alegría llenándome de besos, siento mucha nostalgia al recordarlo ahora, me sentía útil, plena, y no importaba el frío ni el calor, solo me importaba estar ahí e impartir

Confieso que he vivido

mis conocimientos para que todos aquellos niños en un futuro próximo se sintieran muy seguros de sí mismos al enfrentar la vida cuando fueran adultos. Estos recuerdos me sirven para alegrarme, pero ya se hizo bastante tarde y mañana será otro día, pero antes de dormirme debo planificar lo que haré al levantarme, todos los días duermo muy poco, por lo tanto, tengo mucho tiempo para dedicar a la casa, esta grande y hermosa casa que guarda recuerdos imborrables de mi familia.

Comienza un nuevo día, el sol entra por mi ventana suavemente entibiando el ambiente, he dormido muy poco, pero sé que debo salir de la cama ahora mismo e ir al baño de inmediato para quedar como nueva, peinarme, maquillarme y perfumarme para verme hermosa sin importar los muchos años que llevo auestas, salgo al jardín y respiro el aire de la mañana, con el me siento renovada, además dijo el médico que debo leer mucho para ejercitar mi mente y eso es lo que hago, e incluso me encanta sumar y restar, ya que, era mi especialidad cuando era maestra de escuela y regañaba a los niños cuando estos se negaban a hacerlo, si ellos me vieran ahora que cuento con los dedos morirían de la risa. Ya es momento de ir a la cocina a preparar la comida, debo pensar en los ingredientes uno a uno para que todo salga perfecto, con la carne y las verduras pienso preparar un caldo y mientras me coloco el delantal pongo a calentar el agua tarareando una de mis canciones favoritas y ¡manos a la obra!, porque quiero sorprender esta noche a mis comensales, estoy segura que sentirán mucho orgullo de mí cuando prueben la cena, e incluso hasta me atrevería a decir que me pedirán la receta para comentarla con sus amistades.

De pronto veo en el reloj de pared la hora y corro a arreglar la mesa, los cubiertos, las servilletas, las copas y un rico vino a punto de descorchar, todo está perfectamente dispuesto. Creo oír el sonido de la puerta y al parecer, son ellos que están llegando, pero al entrar me comentan que ya han cenado fuera de casa con unos amigos celebrando un cumpleaños y estuvo tan animado que solo desean irse a la cama a descansar y dormir, sonreí de mala gana pero pensé, que importa ya que cenaré en compañía de este exquisito vino, brindaré por mi misma, por mi existencia, porque aún estoy en este mundo y a pesar de todo soy muy feliz, sé que estoy muy lenta y mis manos tiemblan un poco, me he vuelto olvidadiza y estoy perdiendo la capacidad de escuchar, pero, mañana se lo comentaré al médico apenas lo vea y espero además que los exámenes arrojen un diagnóstico favorable, le he pedido mucho a Dios por mi salud y le he pedido que me permita vivir muchos años más junto a mi familia que es parte de mi vida, con ellos me siento muy segura aunque a veces me dejen un tanto sola y sin comunicación, pero que importa, yo entiendo que ellos son así y es su forma de ser.

Confieso que he vivido

Es momento de ir a dormir, apago las luces y en penumbras me dirijo a mi dormitorio muy despacio casi en puntillas para no despertar a nadie, me acuesto y me acomodo para descansar agradeciendo a Dios por este día maravilloso.

Ya es un nuevo día y el ruido de la ciudad se hace sentir, poco a poco el canto de las aves suenan en mis oídos como una suave melodía y entonces me pregunto si estarán ellas como yo, esperando un nuevo día para seguir viviendo sin prisa, mirando pasar el tiempo desde una perspectiva distinta a lo habitual, tomando en cuenta que el tiempo no pasa en vano y que para ser feliz basta con muy poco. Ayer en la noche tuve un sueño, un bello sueño que hace que sienta que mi vida es realmente como siempre quise que fuera, sintiéndome querida por todos, pero hoy yo me siento distinta, debo confesar que hasta siento miedo, esta mañana llena de sol me parece gris, hasta creo que no saldré de mi habitación, prefiero quedarme acá leyendo un libro y más tarde me levantaré sin apuro. De pronto alguien toca mi puerta, mi sorpresa es mayúscula cuando me doy cuenta que han dejado una bandeja con el desayuno, además una carta que leeré más tarde cuando tenga un espacio de tiempo, sorbo a sorbo bebo este delicioso chocolate caliente, que bien saben, es mi favorito, además de las tostadas llenas de mantequilla y mermelada que son mi delirio desde que era muy niña cuando mi madre me las preparaba con mucho cariño, las cuales siempre yo agradecía con un beso. Ahora en este día sí que me levanto con ganas y emocionada después de la gran sorpresa, me arreglaré para salir a la consulta del médico y estoy segura que todo va a estar bien y para cuando regrese revisaré la anhelada carta con mucha calma, ya que, seguramente es una invitación de mi familia para salir a cenar fuera de casa la noche de Año Nuevo como ha sido en ocasiones anteriores.

Estoy saliendo hacia la consulta y estoy ansiosa, solo quiero escuchar buenas noticias de parte del médico para después comunicarles a todos que tienen abuela para rato, tomo asiento y espero mi turno de atención y muy pronto escucho el llamado de la secretaria, acudo rápidamente hasta donde se encuentra el médico, el cual saludo y lo miro a la cara, de pronto noto que hay en él algo extraño, un dejo de preocupación y un sobre en su mano. De inmediato presentí que algo malo sucedía, pero que debía enfrentar sin importar lo que fuera. Era evidente, mis análisis estaban alterados y sin lugar a dudas la enfermedad había avanzado muy rápido, no quise escuchar más detalles y amablemente me despido de él saliendo de aquél lugar. Sentí como mis pasos se tornaron muy lentos y el peso de mi cuerpo cansado no me permitía apurar mi andar, solo quería estar pronto en mi hogar para sentirme segura. Al entrar inmediatamente busco donde sentarme y con la cabeza inclinada trato de ordenar mis pensamientos para poder tomar una decisión, me pregunto

Confieso que he vivido

si mi familia aceptará este cambio de vida, porque sin duda alguna, ya no seré la misma de antes y pienso que en cierta medida nos afectará en nuestra convivencia. El tiempo ha avanzado inexorablemente pasándome la cuenta, siento impotencia, rabia, me niego a envejecer, no quiero ser una carga para nadie, sé que mi familia me ama, pero aun así me siento muy insegura. Fue entonces en ese minuto, que creo tomé la mejor decisión, y sé que el tiempo me dará la razón. Cogí un poco de ropa y la metí en una maleta, junto con algunas fotografías de mis hijos y nietos y sigilosamente sin mirar hacia atrás lo dejé todo, pensando que hice bien y que algún día me recordarán como la persona que los acompañó siempre en lo bueno y en lo adverso. Recuerdo también que alguna vez fui cómplice de las travesuras de mis nietos, no encontrando nada mejor que guardar silencio a la hora de contar la verdad, también cuando estuve allí en el apoyo incondicional hacia mis hijos al formar sus familias, al llegar a ser los profesionales que siempre anhelaron, pero en fin, ya solo son recuerdos, creo haber cumplido con una tarea ardua pero hermosa, todos estos años vividos fueron muy intensos, di todo de mí para que mi familia fuera feliz y creo haberlo conseguido.

Pasaron muchos años por mi lado dejando huellas imborrables en mi existir, ahora siento que es el momento de descansar, sé que es una decisión repentina y apresurada pero no siento miedo de lo que viene, también sé que me están esperando en ese lugar, me sentaré junto a esas personas que como yo buscan la forma de sentirse un poco en familia, no conozco a nadie pero estoy segura que me será fácil hacer amistades con todos y los haré reír mucho, ya que mis dotes de comediante no los he olvidado.

Sin pensarlo dos veces, ya me encuentro abordando un taxi para dirigirme a la dirección donde aguardan por mí, ya estoy llegando y sale a recibirme una persona muy amable que toma mi maleta y me indica donde está mi habitación, lentamente camino hacia allá, titubeo un poco antes de entrar, pero estando allí percibo un lugar frío, de paredes blancas con ventanas pequeñas, pero pienso que es aquí donde pasaré el resto de mi vida. Tengo un nudo en la garganta pero no quiero llorar y quiero aferrarme a mi fe y también a la posibilidad que algún día vengan por mí. Me siento en mi nueva cama y abro la carta que dejaron en mi puerta aquella mañana, al leerla mi corazón se estremece y mis ojos se humedecen con lágrimas amargas, el mensaje de aquella carta me comunicaba que mi familia ha decidido cambiar el rumbo de sus vidas, que buscarán nuevos horizontes en el extranjero, pero que yo no estoy incluida en sus planes por mi edad, por lo tanto, no podré acompañarlos, también decía que algún día vendrían a visitarme, y que ellos no me olvidarán. Doblo la carta y la guardo junto a mis pertenencias, es difícil describir

Confieso que he vivido

lo que siento, pero la pena y la soledad se apodera de mí invadiendo hasta el lugar más recóndito de mi ser, en frente de mí un crucifijo es el mudo testigo de mi gran tristeza, quiero hablarle y no puedo, sin embargo sé que él conoce mi vida, me arrodillo frente a él y elevo una plegaria pidiéndole que me acompañe por este camino hasta el final, ya que sólo así podré tener resignación.

Me levanto y asomada a la ventana siento el silencio de la noche, el cual, de pronto se rompe con el cantico de los grillos y el brillo de la luna me emociona, corro las cortinas y me dejo deslizar hasta caer rendida en la cama, esta cama que siento distinta, quizás más fría, pero tengo la esperanza de que muy pronto me dormiré y todo será distinto y mañana conoceré a todas aquellas personas que estarán conmigo de hoy en adelante y que juntos compartiremos nuestras vivencias.

Ya amanece en este tranquilo lugar los pajarillos cantan anunciando al nuevo día me doy impulso para salir de la cama y proceder a arreglarme muy bien. Un poco tímida voy hasta el comedor y uno a uno les saludo con mucho entusiasmo y de paso anuncio mi nombre completo, muy cordialmente me invitan a tomar asiento junto a ellos, muy pronto llega el desayuno que se ve apetitoso, me llama la atención el gran silencio reinante en el ambiente y observo sus caras carentes de alegría, sus ojos sin brillo parecen ya no poder expresar su sentir, no supe que decir, las palabras no salen de mi boca, como revertir todo lo que estoy viendo, aquellos seres humanos sin ganas de vivir y entregados totalmente, y siento la necesidad de hacer algo por ellos, sin pensarlo mucho corro hasta mi habitación y frente al crucifijo me pongo de rodillas, inclino mi cabeza y empiezo a invocar a la única persona que nos puede ayudar, a ese ser infinitamente perfecto que es Dios, para pedirle un milagro que me permita hacer un cambio en éstas personas, un milagro nunca antes visto para que la humanidad tenga la oportunidad de pedir perdón a estos seres que lo dieron todo y que ahora están casi abandonados a su suerte.

De pronto nace una idea dentro de mí y estoy segura que los animará bastante, salgo corriendo y les propongo a viva voz preparar el árbol de Navidad, todos reaccionaron tal como esperaba, salimos a buscar lo necesario y a cada uno le encomendé una tarea, todos escuchaban atentamente las instrucciones como los niños en el colegio, las guiraldas brillaban como nunca, las esferas de colores daban un aspecto de fiesta, les pedí que cerraran sus ojos y se tomaran de las manos fuertemente, pensando en ese niño que iba a nacer en ese pesebre humilde pero lleno de amor, abrimos los ojos y vimos como una luz inundaba aquel lugar alumbrando los rostros de cada uno y comenzamos a reír

Confieso que he vivido

y a abrazarnos, no había cansancio y habíamos recuperado las ganas de vivir, la vida nos brindaba una nueva oportunidad para demostrar que aún se podía ser feliz nos acercamos a la mesa para cenar y brindamos con las copas en alto, cada uno hizo una petición desde el fondo de su alma que estaba dormida y fueron sacando fuera todo lo que sentían que estaba guardado por mucho tiempo en sus corazones, había lágrimas, pero esta vez de alegría empezábamos a soñar de nuevo y a creer en la humanidad, nos sentimos libres a tal punto de poder volar y gritarle al mundo para ser tomados en cuenta, porque también somos parte de esta sociedad, nuestra experiencia de vida nos hace sabios y hasta seríamos capaces de cambiar el mundo, pero es poco probable que ello suceda, ya que el egoísmo ha ganado mucho espacio, de igual manera aquí estamos aportando lo nuestro hasta que Dios nos llame a su lado y muy seguros de que la cosecha fue buena, cerraremos los ojos y nos iremos en paz con la convicción de que hemos amado y que nos han amado, pensando en que aquello es lo que realmente debe importarnos ahora y para siempre y que a pesar de nuestros años y el destino de nuestras vidas aún volvemos a sonreír.





*Confieso
que he vivido*

